

Boletín del Obispado de Tui-Vigo

2016/3 (Mayo-Junio)

Número Histórico 2.776

FOTO PORTADA:

Serie imágenes arciprestazgo de Tea-Condado

Virxe das Neves da parroquia de Santa María das Neves (As Neves)

Edita: OBISPADO DE TUI-VIGO

Dirige: Manuel Lage Lorenzo

Administra: Alfonso Fernández Galiana

Dr. Corbal, 90 - 36207 Vigo

Teléfono 986 375 153

E-mail: bispado@diocesetuivigo.org

D.L. VG. 46

Imprime: Imprenta Medios - O Rosal - Telf. 986 610 112

Supcripción anual (2016): 26 €

Sumario

IGLESIA UNIVERSAL

Del Santo Padre

Audiencias Generales:

La Misericordia según la perspectiva bíblica (14): *La oveja perdida* 177

La Misericordia según la perspectiva bíblica (15): *El Padre Misericordioso* 181

La Misericordia según la perspectiva bíblica (16): *La pobreza y la misericordia* 185

La Misericordia según la perspectiva bíblica (17): *La oración fuente de la Misericordia* .. 187

La Misericordia según la perspectiva bíblica (18):

La oración humilde alcanza la misericordia 189

La Misericordia según la perspectiva bíblica (19):

El primer signo de la misericordia: Caná 193

La Misericordia según la perspectiva bíblica (20): *La misericordia es la luz* 195

La Misericordia según la perspectiva bíblica (21): *La misericordia purifica el corazón* 199

Audiencias Jubilares:

La Misericordia como lástima 201

Misericordia y Conversión 203

Obras de misericordia 205

Discursos:

Entrega del Premio Carlomagno 207

Homilías:

Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús. Jubileo de los Sacerdotes 215

IGLESIA DIOCESANA

Obispo

Decretos:

Don Luis Quinteiro Fiuza, por la gracia de Dios y de la Sede Apostólica

Obispo de Tui-Vigo 223

Decreto de fusión de los Arciprestazgos de Tea y Salvaterra

en un solo arciprestazgo que pasará a denominarse Tea-Condado 225

Decreto de incorporación de parroquias al arciprestazgo de Entenza

al de Tui, en adelante, Tui-Entenza 229

Decreto de fusión de los arciprestazgos de Vigo-Polígono y Vigo-Traviesas

n un solo arciprestazgo que pasará a denominarse Vigo-Fragoso 231

Decreto de incorporación de parroquias del arciprestazgo de Entenza

al arciprestazgo de A Louriña 233

Decreto de incorporación de la parroquia de Santa Lucía,

de Vigo al arciprestazgo de Vigo-Lavadores 235

Con motivo de la publicación de un nuevo “*Memoranda*” 237

Cancillería-Secretaría

Nombramientos 241

Sagradas Órdenes y Ministerios Eclesiásticos 243

En la Paz de Cristo 245

Crónica Diocesana

Agenda 251

IGLESIA UNIVERSAL



DEL SANTO PADRE

AUDIENCIAS GENERALES

LA MISERICORDIA SEGÚN LA PERSPECTIVA BÍBLICA (14)* LA OVEJA PERDIDA (CFR LC 15, 1-7)

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Conocemos todos la imagen del Buen Pastor que carga sobre sus hombros a la oveja perdida. Desde siempre esta imagen representa la solicitud de Jesús hacia los pecadores y la misericordia de Dios que no se resigna a perder a ninguno. Jesús cuenta la parábola para hacer comprender que su cercanía a los pecadores no debe escandalizar, sino, al contrario, provocar en todos una seria reflexión acerca de cómo vivimos nuestra fe. El relato presenta, por una parte, a los pecadores que se acercan a Jesús para escucharlo y, por otra, a los doctores de la ley, los escribas sospechosos que se alejan de Él por este comportamiento suyo. Se alejan porque Jesús se acercaba a los pecadores. Eran orgullosos, eran soberbios, se creían justos.

Nuestra parábola se desarrolla alrededor de tres personajes: el pastor, la oveja perdida y el resto del rebaño. Quien actúa, sin embargo, es sólo el pastor, no las ovejas. El pastor, por lo tanto, es el único auténtico protagonista y todo depende de él. Una pregunta introduce la parábola: «¿Quién de vosotros que tiene cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y va a buscar a la que se perdió hasta que la encuentra?» (v. 4). Se trata de algo paradójico que lleva a dudar acerca del modo de obrar del pastor: ¿es sabio abandonar a las noventa y nueve por una sola oveja? Y, por lo demás, sin la seguridad de un rebaño sino en el desierto. Según la tradición bíblica el desierto es lugar de muerte dónde es difícil encontrar alimento y agua, sin amparo y bajo la amenaza de las fieras y de los salteadores. ¿Qué pueden hacer noventa y nueve ovejas indefensas? La paradoja, de todos modos, sigue diciendo que el pastor, al encontrar a la oveja, «la pone contento sobre sus hombros, y llegando a casa convoca a los amigos y vecinos, y les dice: Alegraos conmigo» (vv. 5-6). Parece, por lo tanto, que el pas-

* 4 de mayo

tor no regresa al desierto para recuperar a todo el rebaño. Dedicado a esa única oveja parece olvidar a las otras noventa y nueve. Pero en realidad no es así. La enseñanza que Jesús quiere darnos es más bien que no se puede dejar que ninguna oveja se pierda. El Señor no puede resignarse ante el hecho de que incluso una sola persona pueda perderse. El modo de obrar de Dios es el de quien va en busca de los hijos perdidos para luego hacer fiesta y alegrarse con todos por haberlos encontrado. Se trata de un deseo incontenible: ni siquiera noventa y nueve ovejas pueden detener al pastor y tenerlo encerrado en el redil. Él podría razonar así: «Hago un cálculo: tengo noventa y nueve, he perdido una, pero no es una gran pérdida». Él, en cambio, va a buscar a esa misma, porque cada una es muy importante para él y esa es la más necesitada, la más abandonada, la más descartada; y él va a buscarla. Estamos todos avisados: la misericordia hacia los pecadores es el estilo con el cual obra Dios y a esa misericordia Él es muy fiel: nada ni nadie podrá apartarlo de su voluntad de salvación. Dios no conoce nuestra cultura actual del descarte, en Dios esto no tiene lugar. Dios no descarta a ninguna persona; Dios ama a todos, busca a todos; ¡uno por uno! Él no conoce la expresión «descartar a la gente», porque es todo amor y misericordia.

El rebaño del Señor está siempre en camino: no se posesiona del Señor, no puede ilusionarse con aprisionarlo en nuestros esquemas y en nuestras estrategias. Al pastor se lo encontrará allí donde está la oveja perdida. Así, pues, al Señor hay que buscarlo allí donde Él quiere encontrarnos, no donde nosotros pretendemos encontrarlo. De ninguna otra forma se podrá reconstituir el rebaño si no es siguiendo la senda trazada por la misericordia del pastor. Mientras busca a la oveja perdida, él provoca a las noventa y nueve para que participen en la reunificación del rebaño. Entonces no sólo la oveja que lleva sobre los hombros, sino todo el rebaño seguirá al pastor hasta su casa para hacer fiesta con «amigos y vecinos».

Deberíamos reflexionar con frecuencia sobre esta parábola, porque en la comunidad cristiana siempre hay alguien que falta y se ha marchado dejando un sitio vacío. A veces esto es desalentador y nos lleva a creer que se trate de una pérdida inevitable, una enfermedad sin remedio. Es entonces que corremos el peligro de encerrarnos dentro de un redil, donde no habrá olor de oveja, sino olor a encierro. ¿Y los cristianos? No debemos ser cerrados, porque tendremos el olor de las cosas cerradas. ¡Nunca! Hay que salir y no cerrarse en sí mismo, en las pequeñas comunidades, en la parroquia, considerándose «los justos». Esto sucede cuando falta el impulso misionero que nos lleva al encuentro de los demás. En la visión de Jesús no hay ovejas definitivamente perdidas, sino sólo ovejas que hay que volver a encontrar. Esto debemos entenderlo bien: para Dios nadie está definitivamente perdido. ¡Nunca! Hasta el último momento, Dios nos busca. Pensad

en el buen ladrón; pero sólo en la visión de Jesús nadie está definitivamente perdido. La perspectiva, por lo tanto, es totalmente dinámica, abierta, estimulante y creativa. Nos impulsa a salir en búsqueda para emprender un camino de fraternidad. Ninguna distancia puede mantener alejado al pastor; y ningún rebaño puede renunciar a un hermano. Encontrar a quien se ha perdido es la alegría del pastor y de Dios, pero es también la alegría de todo el rebaño. Todos nosotros somos ovejas encontradas y convocadas por la misericordia del Señor, llamados a recoger junto a Él a todo el rebaño.

LA MISERICORDIA SEGÚN LA PERSPECTIVA BÍBLICA (15)* EL PADRE MISERICORDIOSO (CFR LC 15, 11-32)

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy esta audiencia se realiza en dos sitios: como había amenaza de lluvia, los enfermos están en el aula Pablo VI, conectados con nosotros con la pantalla gigante; dos lugares pero una sola audiencia. Saludamos a los enfermos que están en el aula Pablo VI. Queremos reflexionar hoy sobre la parábola del Padre misericordioso. Ella habla de un padre y de sus dos hijos, y nos hace conocer la misericordia infinita de Dios.

Partamos desde el final, es decir de la alegría del corazón del Padre, que dice: «Celebremos una fiesta, porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido hallado» (vv. 23-24). Con estas palabras el padre interrumpió al hijo menor en el momento en el que estaba confesando su culpa: «Ya no merezco ser llamado hijo tuyo...» (v. 19). Pero esta expresión es insoportable para el corazón del padre, que, en cambio, se apresura a restituir al hijo los signos de su dignidad: el mejor vestido, el anillo y las sandalias. Jesús no describe a un padre ofendido y resentido, un padre que, por ejemplo, dice al hijo: «Me la pagarás»: no, el padre lo abraza, lo espera con amor. Al contrario, lo único que le interesa al padre es que este hijo esté ante él sano y salvo, y esto lo hace feliz y por eso celebra una fiesta. La acogida del hijo que regresa se describe de un modo conmovedor: «Estaba él todavía lejos, le vio su padre y, conmovido, corrió, se echó a su cuello y le besó» (v. 20). Cuánta ternura; lo vio cuando él estaba todavía lejos: ¿qué significa esto? Que el padre subía a la terraza continuamente para mirar el camino y ver si el hijo regresaba; ese hijo que había hecho de todo, pero el padre lo esperaba. ¡Cuán bonita es la ternura del padre! La misericordia del padre es desbordante, incondicional, y se manifiesta incluso antes de que el hijo hable. Ciertamente, el hijo sabe que se ha equivocado y lo reconoce: «He pecado... trátame como a uno de tus jornaleros» (v. 19). Pero estas palabras se disuelven ante el perdón del padre. El abrazo y el beso de su papá le hacen comprender que siempre

* 11 de mayo

ha sido considerado hijo, a pesar de todo. Es importante esta enseñanza de Jesús: nuestra condición de hijos de Dios es fruto del amor del corazón del Padre; no depende de nuestros méritos o de nuestras acciones, y, por lo tanto, nadie nos la puede quitar, ni siquiera el diablo. Nadie puede quitarnos esta dignidad.

Esta palabra de Jesús nos alienta a no desesperar jamás. Pienso en las madres y en los padres preocupados cuando ven a los hijos alejarse siguiendo caminos peligrosos. Pienso en los párrocos y catequistas que a veces se preguntan si su trabajo ha sido en vano. Pero pienso también en quien se encuentra en la cárcel, y le parece que su vida se haya acabado; en quienes han hecho elecciones equivocadas y no logran mirar hacia el futuro; en todos aquellos que tienen hambre de misericordia y de perdón y creen no merecerlo... En cualquier situación de la vida, no debo olvidar que no dejaré nunca de ser hijo de Dios, ser hijo de un Padre que me ama y espera mi regreso. Incluso en la situación más fea de la vida, Dios me espera, Dios quiere abrazarme, Dios me espera.

En la parábola hay otro hijo, el mayor; también él necesita descubrir la misericordia del padre. Él ha estado siempre en casa, ¡pero es tan distinto del padre! A sus palabras le falta ternura: «Hace tantos años que te sirvo, y jamás dejé de cumplir una orden tuya... y ¡ahora que ha venido ese hijo tuyo...» (vv. 29-30). Vemos el desprecio: no dice nunca «padre», no dice nunca «hermano», piensa sólo en sí mismo, hace alarde de haber permanecido siempre junto al padre y de haberlo servido; sin embargo, nunca ha vivido con alegría esta cercanía. Y ahora acusa al padre de no haberle dado nunca un cabrito para tener una fiesta. ¡Pobre padre! Un hijo se había marchado, y el otro nunca había sido verdaderamente cercano. El sufrimiento del padre es como el sufrimiento de Dios, el sufrimiento de Jesús cuando nosotros nos alejamos o porque nos marchamos lejos o porque estamos cerca sin ser cercanos.

El hijo mayor, también él necesita misericordia. Los justos, los que se creen justos, también ellos necesitan misericordia. Este hijo nos representa a nosotros cuando nos preguntamos si vale la pena hacer tanto si luego no recibimos nada a cambio. Jesús nos recuerda que en la casa del Padre no se permanece para tener una compensación, sino porque se tiene la dignidad de hijos corresponsables. No se trata de «trocar» con Dios, sino de permanecer en el seguimiento de Jesús que se entregó en la cruz sin medida.

«Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo; pero convenía celebrar una fiesta y alegrarse» (v. 31). Así dice el Padre al hijo mayor. Su lógica es la de la misericordia. El hijo menor pensaba que se merecía un castigo por sus pecados, el hijo mayor se esperaba una recompensa por sus servicios. Los dos herma-

nos no hablan entre ellos, viven historias diferentes, pero ambos razonan según una lógica ajena a Jesús: si hacen el bien recibes un premio, si obras mal eres castigado; y esta no es la lógica de Jesús, ¡no lo es! Esta lógica se ve alterada por las palabras del padre: «Convenía celebrar una fiesta y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto, y ha vuelto a la vida; estaba perdido, y ha sido hallado» (v. 31). El padre recuperó al hijo perdido, y ahora puede también restituirlo a su hermano. Sin el menor, incluso el hijo mayor deja de ser un «hermano». La alegría más grande para el padre es ver que sus hijos se reconocen hermanos.

Los hijos pueden decidir si unirse a la alegría del padre o rechazar. Tienen que interrogarse acerca de sus propios deseos y sobre la visión que tienen de la vida. La parábola termina dejando el final en suspenso: no sabemos lo que haya decidido hacer el hijo mayor. Y esto es un estímulo para nosotros. Este Evangelio nos enseña que todos necesitamos entrar en la casa del Padre y participar en su alegría, en su fiesta de la misericordia y de la fraternidad. Hermanos y hermanas, ¡abramos nuestro corazón, para ser «misericordiosos como el Padre»!

LA MISERICORDIA SEGÚN LA PERSPECTIVA BÍBLICA (16)* LA POBREZA Y LA MISERICORDIA (CFR LC 16, 19-31)

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Deseo detenerme con vosotros hoy en la parábola del hombre rico y del pobre Lázaro. La vida de estas dos personas parece recorrer caminos paralelos: las condiciones de vida son opuestas y del todo incomunicadas. La puerta de la casa del rico está siempre cerrada al pobre, que yace allí afuera, buscando comer cualquier sobra de la mesa del rico. Este lleva puestos vestidos de lujo, mientras que Lázaro está cubierto de llagas; el rico cada día banquetea abundantemente, mientras que Lázaro muere de hambre. Sólo los perros cuidan de él, y vienen a lamer sus llagas. Esta escena recuerda la dura amonestación del Hijo del hombre en el juicio final: «Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; estaba [...] desnudo, y no me vestisteis» (Mt 25, 42-43). Lázaro representa bien el grito silencioso de los pobres de todos los tiempos y la contradicción de un mundo en el que las inmensas riquezas y recursos están en las manos de pocos.

Jesús dice que un día aquel hombre rico murió: los pobres y los ricos mueren, tienen el mismo destino, como todos nosotros, no hay excepciones a esto. Y entonces aquel hombre se dirigió a Abraham suplicándole con el apelativo de «padre» (v. 24.27). Reivindica, por lo tanto, ser su hijo, perteneciente al pueblo de Dios. Y sin embargo en vida no mostró ninguna consideración hacia Dios, más bien hizo de sí mismo el centro de todo, cerrado en su mundo de lujo y de derroche. Excluyendo a Lázaro, no tuvo en cuenta ni al Señor, ni a su ley. ¡Ignorar al pobre es despreciar a Dios! Esto debemos aprenderlo bien: ignorar al pobre es despreciar a Dios. Hay un particular en la parábola que cabe señalar: el rico no tiene un nombre, sino sólo el adjetivo: «el rico», mientras que el del pobre se repite cinco veces, y «Lázaro» significa «Dios ayuda». Lázaro, que se halla ante la puerta, es una llamada viviente al rico para que se acuerde de Dios, pero el rico no acoge esta llamada. Será condenado por lo tanto no por sus riquezas, sino por haber sido incapaz de sentir compasión por Lázaro y socorrerlo.

En la segunda parte de la parábola, reencontramos a Lázaro y al rico tras su

*18 de mayo

muerte (v. 22-31). En el más allá la situación se ha invertido: el pobre Lázaro es llevado por los ángeles al cielo con Abraham, el rico en cambio cae entre los tormentos. Entonces el rico «levantó los ojos y vio de lejos a Abraham, y a Lázaro a su lado». Parece que ve a Lázaro por primera vez, pero sus palabras lo traicionan: «Padre Abraham —dice— ten piedad de mí y manda a Lázaro a mojar en el agua la punta del dedo y a humedecerme la lengua, porque sufro terriblemente en esta llama». Ahora el rico reconoce a Lázaro y le pide ayuda, mientras que en vida fingía no verlo. —¡Cuántas veces mucha gente finge no ver a los pobres! Para ellos los pobres no existen— ¡Antes le negaba hasta las sobras de su mesa, y ahora querría que le trajese algo para beber! Cree todavía poder alegar derechos por su precedente condición social. Declarando imposible cumplir su petición, Abraham en persona ofrece la clave de todo el relato: él explica que bienes y males han sido distribuidos en modo de compensar la injusticia terrena, y la puerta que separaba en vida al rico del pobre, se transformó en «un gran abismo». Hasta que Lázaro estuvo bajo su casa, para el rico había posibilidad de salvación, abrir la puerta, ayudar a Lázaro, pero ahora que ambos están muertos, la situación se ha vuelto irreparable. Dios no es nunca llamado directamente en causa, pero la parábola advierte claramente: la misericordia de Dios hacia nosotros está relacionada con nuestra misericordia hacia el prójimo; cuando falta esta, también aquella no encuentra espacio en nuestro corazón cerrado, no puede entrar. Si yo no abro de par en par la puerta de mi corazón al pobre, aquella puerta permanece cerrada. También para Dios. Y esto es terrible.

A este punto, el rico piensa en sus hermanos, que corren el riesgo de tener el mismo final, y pide que Lázaro pueda volver al mundo a advertirles. Pero Abraham responde: «Tienen a Moisés y a los profetas, que les oigan». Para convertirnos, no debemos esperar eventos prodigiosos, sino abrir el corazón a la Palabra de Dios, que nos llama a amar a Dios y al prójimo. La Palabra de Dios puede hacer revivir un corazón marchito y curarlo de su ceguera. El rico conocía la Palabra de Dios, pero no la dejó entrar en el corazón, no la escuchó, por eso fue incapaz de abrir los ojos y de tener compasión del pobre. Ningún mensajero y ningún mensaje podrán sustituir a los pobres que encontramos en el camino, porque en ellos nos viene al encuentro el mismo Jesús: «Cuanto hicisteis a unos de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (*Mt 25, 40*), dice Jesús. Así en el cambio de las suertes que la parábola describe se esconde el misterio de nuestra salvación, en que Cristo une la pobreza a la misericordia. Queridos hermanos y hermanas, escuchando este Evangelio, todos nosotros, junto a los pobres de la tierra, podemos cantar con María: «Derribó a los potentados de sus tronos y exaltó a los humildes; a los hambrientos colmó de bienes y despidió a los ricos sin nada» (*Lc 1, 52-53*).

LA MISERICORDIA SEGÚN LA PERSPECTIVA BÍBLICA (17)*

LA ORACIÓN FUENTE DE LA MISERICORDIA (CFR LC 18, 1-8)

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

La parábola evangélica que acabamos de escuchar (cf. *Lc 18, 1-8*) contiene una enseñanza importante: «Es preciso orar siempre sin desfallecer» (v. 1). Por lo tanto, no se trata de rezar alguna vez, cuando tengo ganas. No, Jesús dice que hay que «rezar siempre, sin desfallecer». Y presenta el ejemplo de la viuda y del juez.

El juez es un personaje poderoso, llamado a dar una sentencia según la Ley de Moisés. Por esto la tradición bíblica recomendaba que los jueces fuesen personas temerosas de Dios, dignas de fe, imparciales e incorruptibles (cf. *Ex 18, 21*). Al contrario, este juez «ni temía a Dios ni respetaba a los hombres» (v. 2). Era un juez inicuo, sin escrúpulos, que no tenía en cuenta la ley sino que hacía lo que quería, según su interés. A él se dirige una viuda para obtener justicia. Las viudas, junto con los huérfanos y los extranjeros, eran las categorías más débiles de la sociedad. Los derechos que les aseguraba la Ley podían ser pisoteados con facilidad porque, al ser personas solas y sin defensa, difícilmente podían hacerse valer: una pobre viuda, allí, sola, nadie la defendía, podían ignorarla, incluso no ofrecerle justicia. Así también el huérfano, así el extranjero, el inmigrante: en esa época era muy fuerte esta problemática. Ante la indiferencia del juez, la viuda recurre a su única arma: continuar insistentemente a importunarlo, presentándole su petición de justicia. Y precisamente con esta perseverancia alcanza el objetivo. El juez, en efecto, a un cierto punto la escucha, no por misericordia, ni porque la conciencia se lo impone; sencillamente admite: «Como esta viuda me causa molestia, le voy hacer justicia para que no venga continuamente a importunarme» (v. 5).

De esta parábola Jesús saca una doble conclusión: si la viuda logra convencer al juez deshonesto con sus peticiones insistentes, cuánto más Dios, que es

*25 de mayo

Padre bueno y justo, «hará justicia a sus elegidos, que están clamando a Él día y noche»; y además no «les hará esperar mucho tiempo», sino que actuará «con prontitud» (cf. vv. 7-8).

Por esto Jesús exhorta a rezar «sin desfallecer». Todos experimentamos momentos de cansancio y de desaliento, sobre todo cuando nuestra oración parece ineficaz. Pero Jesús nos asegura: a diferencia del juez deshonesto, Dios escucha con prontitud a sus hijos, si bien esto no significa que lo haga en los tiempos y en las formas que nosotros quisiéramos. La oración no es una varita mágica. Ella ayuda a conservar la fe en Dios, a encomendarnos a Él incluso cuando no comprendemos la voluntad. En esto, Jesús mismo —¡que oraba mucho!— es un ejemplo para nosotros. La carta a los Hebreos recuerda que «habiendo ofrecido en los días de su vida mortal ruegos y súplicas con poderoso clamor y lágrimas al que podía salvarle de la muerte, fue escuchado por su actitud reverente» (5, 7). A primera vista esta afirmación parece inverosímil, porque Jesús murió en la cruz. Sin embargo, la carta a los Hebreos no se equivoca: Dios salvó de verdad a Jesús de la muerte dándole sobre ella la completa victoria, pero el camino recorrido para obtenerla pasó a través de la muerte misma. La referencia a las súplicas que Dios escuchó remiten a la oración de Jesús en Getsemaní. Asaltado por la angustia inminente, Jesús ora al Padre que lo libere del cáliz amargo de la Pasión, pero su oración está invadida por la confianza en el Padre y se entrega sin reservas a su voluntad: «Pero —dice Jesús— no sea como yo quiero, sino como quieras tú» (*Mt* 26, 39). El objeto de la oración pasa a un segundo plano; lo que importa ante todo es la relación con el Padre. He aquí lo que hace la oración: transforma el deseo y lo modela según la voluntad de Dios, sea cual fuera, porque quien reza aspira ante todo a la unión con Dios, que es Amor misericordioso.

La parábola termina con una pregunta: «Pero, cuando el Hijo del hombre venga, ¿encontrará la fe sobre la tierra?» (v. 8). Y con esta pregunta nos alerta a todos: no debemos renunciar a la oración incluso si no se obtiene respuesta. La oración conserva la fe, sin la oración la fe vacila. Pidamos al Señor una fe que se convierta en oración incesante, perseverante, como la da la viuda de la parábola, una fe que se nutre del deseo de su venida. Y en la oración experimentamos la compasión de Dios, que como un Padre viene al encuentro de sus hijos lleno de amor misericordioso.

LA MISERICORDIA SEGÚN LA PERSPECTIVA BÍBLICA (18)* LA ORACIÓN HUMILDE ALCANZA LA MISERICORDIA (CFR LC 18, 9-14)

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El miércoles pasado hemos escuchado la parábola del juez y la viuda, sobre la necesidad de rezar con perseverancia. Hoy, con otra parábola, Jesús quiere enseñarnos cuál es la actitud correcta para rezar e invocar la misericordia del Padre; cómo se debe rezar; la actitud correcta para orar. Es la parábola del fariseo y del publicano (cf. *Lc 18, 9-14*).

Ambos protagonistas suben al templo para rezar, pero actúan de formas muy distintas, obteniendo resultados opuestos. El fariseo reza «de pie» (v. 11), y usa muchas palabras. Su oración es, sí, una oración de acción de gracias dirigida a Dios, pero en realidad es una exhibición de sus propios méritos, con sentido de superioridad hacia los «demás hombres», a los que califica como «ladrones, injustos, adúlteros», como, por ejemplo, —y señala al otro que estaba allí— «este publicano» (v. 11). Pero precisamente aquí está el problema: ese fariseo reza a Dios, pero en realidad se mira a sí mismo. ¡Reza a sí mismo! En lugar de tener ante sus ojos al Señor, tiene un espejo. Encontrándose incluso en el templo, no siente la necesidad de postrarse ante la majestad de Dios; está de pie, se siente seguro, casi como si fuese él el dueño del templo. Él enumera las buenas obras realizadas: es irreprochable, observante de la Ley más de lo debido, ayuna «dos veces por semana» y paga el «diezmo» de todo lo que posee. En definitiva, más que rezar, el fariseo se complace de la propia observancia de los preceptos. Pero sus actitudes y sus palabras están lejos del modo de obrar y de hablar de Dios, que ama a todos los hombres y no desprecia a los pecadores. Al contrario, ese fariseo desprecia a los pecadores, incluso cuando señala al otro que está allí. O sea, el fariseo, que se considera justo, descuida el mandamiento más importante: el amor a Dios y al prójimo.

* 1 de junio

No es suficiente, por lo tanto, preguntarnos *cuánto* rezamos, debemos preguntarnos también *cómo* rezamos, o mejor, *cómo es nuestro corazón*: es importante examinarlo para evaluar los pensamientos, los sentimientos, y extirpar arrogancia e hipocresía. Pero, pregunto: ¿se puede rezar con arrogancia? No. ¿Se puede rezar con hipocresía? No. Solamente debemos orar poniéndonos ante Dios así como somos. No como el fariseo que rezaba con arrogancia e hipocresía. Estamos todos atrapados por las prisas del ritmo cotidiano, a menudo dejándonos llevar por sensaciones, aturdidos, confusos. Es necesario aprender a encontrar de nuevo el camino hacia nuestro corazón, recuperar el valor de la intimidad y del silencio, porque es allí donde Dios nos encuentra y nos habla. Sólo a partir de allí podemos, a su vez, encontrarnos con los demás y hablar con ellos. El fariseo se puso en camino hacia el templo, está seguro de sí, pero no se da cuenta de haber extraviado el camino de su corazón.

El publicano en cambio —el otro— se presenta en el templo con espíritu humilde y arrepentido: «manteniéndose a distancia, no se atrevía ni a alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho» (v. 13). Su oración es muy breve, no es tan larga como la del fariseo: «¡Oh Dios! ¡Ten compasión de mí, que soy pecador!». Nada más. ¡Hermosa oración! En efecto, los recaudadores de impuestos —llamados precisamente, «publicanos»— eran considerados personas impuras, sometidas a los dominadores extranjeros, eran mal vistos por la gente y en general se los asociaba con los «pecadores». La parábola enseña que se es justo o pecador no por pertenencia social, sino por el modo de relacionarse con Dios y por el modo de relacionarse con los hermanos. Los gestos de penitencia y las pocas y sencillas palabras del publicano testimonian su consciencia acerca de su mísera condición. Su oración es esencial. Se comporta como alguien humilde, seguro sólo de ser un pecador necesitado de piedad. Si el fariseo no pedía nada porque ya lo tenía todo, el publicano sólo puede mendigar la misericordia de Dios. Y esto es hermoso: mendigar la misericordia de Dios. Presentándose «con las manos vacías», con el corazón desnudo y reconociéndose pecador, el publicano muestra a todos nosotros la condición necesaria para recibir el perdón del Señor. Al final, precisamente él, así despreciado, se convierte en imagen del verdadero creyente.

Jesús concluye la parábola con una sentencia: «Os digo que este —o sea el publicano — bajó a su casa justificado y aquel no. Porque todo el que se ensalce, será humillado; y el que se humille, será ensalzado» (v. 14). De estos dos, ¿quién es el corrupto? El fariseo. El fariseo es precisamente la imagen del corrupto que finge rezar, pero sólo logra pavonearse ante un espejo. Es un corrupto y simula estar rezando. Así, en la vida quien se cree justo y juzga a los demás y los desprecia, es un corrupto y un hipócrita. La soberbia compromete toda acción buena,

vacía la oración, aleja de Dios y de los demás. Si Dios prefiere la humildad no es para degradarnos: la humildad es más bien la condición necesaria para ser levantados de nuevo por Él, y experimentar así la misericordia que viene a colmar nuestros vacíos. Si la oración del soberbio no llega al corazón de Dios, la humildad del mísero lo abre de par en par. Dios tiene una debilidad: la debilidad por los humildes. Ante un corazón humilde, Dios abre totalmente su corazón. Es esta la humildad que la Virgen María expresa en el cántico del *Magnificat*: «Ha puesto los ojos en la humildad de su esclava. [...] su misericordia alcanza de generación en generación a los que le temen» (Lc 1, 48.50). Que nos ayude ella, nuestra Madre, a rezar con corazón humilde. Y nosotros, repetimos tres veces, esas bonita oración: «Oh Dios, ten piedad de mí, que soy un pecador».

LA MISERICORDIA SEGÚN LA PERSPECTIVA BÍBLICA (19)*

EL PRIMER SIGNO DE LA MISERICORDIA: CANÁ (Gv 2, 1-11)

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Antes de comenzar la catequesis, quisiera saludar a un grupo de parejas que celebran cincuenta años de matrimonio. ¡Ese sí que es «el vino bueno» de la familia! Vuestro testimonio es un testimonio que los recién casados —a quienes saludaré después— y los jóvenes deben aprender. Es un hermoso testimonio. Gracias por vuestro testimonio.

Después de comentar algunas parábolas de la misericordia, hoy nos centramos en el primero de los milagros de Jesús, que el evangelista Juan llama «signos», porque Jesús no los hace para suscitar admiración, sino para revelar el amor del Padre. El primero de estos signos prodigiosos lo relata precisamente Juan (2, 1-11) y se realiza en Caná de Galilea. Se trata de una especie de «portal de ingreso», en el cual se han esculpido palabras y expresiones que iluminan todo el misterio de Cristo y abren el corazón de los discípulos a la fe. Veamos algunas de ellas.

En la introducción encontramos la expresión «*Jesús con sus discípulos*» (v. 2). Aquellos a los que Jesús llamó a seguirlo los vinculó a Él en una comunidad y ahora, como una única familia, están todos invitados a la boda. Dando inicio a su ministerio público en las bodas de Caná, Jesús se manifiesta como el esposo del pueblo de Dios, anunciado por los profetas, y nos revela la profundidad de la relación que nos une a Él: es una nueva Alianza de amor. ¿Qué hay en el fundamento de nuestra fe? Un acto de misericordia con el cual Jesús nos unió a Él. Y la vida cristiana es la respuesta a este amor, es como la historia de dos enamorados. Dios y el hombre se encuentran, se buscan, están juntos, se celebran y se aman: precisamente como el amado y la amada en el *Cantar de los cantares*. Todo lo demás surge como consecuencia de esta relación. La Iglesia es la familia de Jesús en la cual se derrama su amor; es este amor que la Iglesia cuida y quiere donar a todos.

En el contexto de la Alianza se comprende también la observación de la Virgen: «*No tienen vino*» (v. 3). ¿Cómo es posible celebrar las bodas y festejar si

* 8 de junio

falta lo que los profetas indicaban como un elemento típico del banquete mesiánico (cf. *Am* 9, 13-14; *Jl* 2, 24; *Is* 25, 6)? El agua es necesaria para vivir, pero el vino expresa la abundancia del banquete y la alegría de la fiesta. Es una fiesta de bodas en la cual falta el vino; los recién casados pasan vergüenza por esto. Imaginad acabar una fiesta de bodas bebiendo té; sería una vergüenza. El vino es necesario para la fiesta. Convirtiendo en vino el agua de las tinajas utilizadas «para las purificaciones de los judíos» (v. 6), Jesús realiza un signo elocuente: convierte la Ley de Moisés en Evangelio, portador de alegría. Como dice en otro pasaje Juan mismo: «La Ley fue dada por medio de Moisés; la gracia y la verdad nos han llegado por Jesucristo» (1, 17).

Las palabras que María dirige a los sirvientes coronan el marco nupcial de Caná: «*Haced lo que Él os diga*» (v. 5). Es curioso, son sus últimas palabras que nos transmiten los Evangelios: es su herencia que entrega a todos nosotros. También hoy la Virgen nos dice a todos: «Lo que Él os diga —lo que Jesús os diga—, hacedlo». Es la herencia que nos ha dejado: ¡es hermoso! Se trata de una expresión que evoca la fórmula de fe utilizada por el pueblo de Israel en el Sinaí como respuesta a las promesas de la Alianza: «Haremos todo cuanto ha dicho el Señor» (*Ex* 19, 8). Y, en efecto, en Caná los sirvientes obedecen. «Les dice Jesús: “Llenad las tinajas de agua”. Y las llenaron hasta arriba. “Sacadlo ahora, le dice, y llevadlo al maestra-sala”. Ellos lo llevaron» (vv. 7-8). En esta boda, se estipula de verdad una Nueva Alianza y a los servidores del Señor, es decir a toda la Iglesia, se le confía la nueva misión: «Haced lo que Él os diga». Servir al Señor significa escuchar y poner en práctica su Palabra. Es la recomendación sencilla pero esencial de la Madre de Jesús y es el programa de vida del cristiano. Para cada uno de nosotros, extraer del contenido de la tinaja equivale a confiar en la Palabra de Dios para experimentar su eficacia en la vida. Entonces, junto al jefe del banquete que probó el agua que se convirtió en vino, también nosotros podemos exclamar: «Tú has guardado el vino bueno hasta ahora» (v. 10). Sí, el Señor sigue reservando ese vino bueno para nuestra salvación, así como sigue brotando del costado traspasado del Señor.

La conclusión del relato suena como una sentencia: «Así, en Caná de Galilea, dio Jesús comienzo a sus signos. Y manifestó su gloria, y creyeron en Él sus discípulos» (v. 11). Las bodas de Caná son mucho más que el simple relato del primer milagro de Jesús. Como en un cofre, Él custodia el secreto de su persona y la finalidad de su venida: el esperado Esposo da inicio a la boda que se realiza en el Misterio pascual. En esta boda Jesús vincula a sí a sus discípulos con una Alianza nueva y definitiva. En Caná los discípulos de Jesús se convierten en su familia y en Caná nace la fe de la Iglesia. A esa boda todos nosotros estamos invitados, porque el vino nuevo ya no faltará.

LA MISERICORDIA SEGÚN LA PERSPECTIVA BÍBLICA (20)* LA MISERICORDIA ES LA LUZ (CFR LC 18, 35-43)

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Un día Jesús, acercándose a la ciudad de Jericó, hizo el milagro de devolver la vista a un ciego que pedía limosna junto al camino (cf. *Lc 18, 35-43*). Hoy queremos centrarnos en el significado de este signo porque nos toca directamente también a nosotros. El evangelista Lucas dice que ese ciego estaba sentado junto al camino pidiendo limosna (cf. v. 35). Un ciego en esa época —pero también hasta no hace mucho tiempo— no podía más que vivir de limosna. La figura de este ciego representa a muchas personas que, también hoy, se ven marginadas a causa de una limitación física o de otro tipo. Está separado de la multitud, está allí sentado mientras la gente pasa ocupada en sus asuntos, absorta en sus preocupaciones y en muchas cosas... Y la calle, que puede ser un lugar de encuentro, para él en cambio es el lugar de la soledad. Es mucha la gente que pasa... Y él está solo.

Es triste la imagen de un marginado, sobre todo teniendo como escenario la ciudad de Jericó, el espléndido y lozano oasis en el desierto. Sabemos que precisamente a Jericó llegó el pueblo de Israel al término del largo éxodo desde Egipto: esa ciudad representa la puerta de ingreso en la tierra prometida. Recordemos las palabras que Moisés pronunció en esa circunstancia: «Si hay junto a ti algún pobre de entre tus hermanos, en alguna de las ciudades de tu tierra que el Señor tu Dios te da, *no endurecerás tu corazón ni cerrarás tu mano a tu hermano pobre. Pues no faltarán pobres en esta tierra*; por eso te doy yo este mandamiento: debes abrir tu mano a tu hermano, a aquel de los tuyos que es indigente y pobre en tu tierra» (*Dt 15, 7.11*). Es fuerte el contraste entre esta recomendación de la Ley de Dios y la situación descrita por el Evangelio: mientras que el ciego grita invocando a Jesús, la gente lo reprendía para hacerle callar, como si no tuviese derecho de hablar. No tienen compasión de él, es más, les molestan sus gritos. Cuántas veces

*15 de junio

nosotros, cuando vemos mucha gente en la calle —gente necesitada, enferma, que no tiene para comer— sentimos que nos molestan. Cuántas veces, cuando nos encontramos ante muchos refugiados e inmigrantes, sentimos que nos molestan. Es una tentación que todos nosotros tenemos. Todos, ¡también yo! Es por esto que la Palabra de Dios nos pone en guardia recordándonos que la indiferencia y la hostilidad convierten en ciegos y sordos, impiden ver a los hermanos y no permiten reconocer en ellos al Señor. Indiferencia y hostilidad. Y a veces esta indiferencia y hostilidad llegan a ser incluso agresión e insulto: «¡Sacad de aquí a todos estos!», «¡ubicadlos en otra parte!». Esta agresión es lo que hacía la gente cuando el ciego gritaba: «Pero tú sal de aquí, no hables, no grites».

Notamos un detalle interesante. El evangelista dice que alguien de la multitud explicó al ciego el motivo de toda esa gente diciendo: «Pasa Jesús, el Nazareno» (v. 37). El paso de Jesús está indicado con el mismo verbo que en el libro del Éxodo se usa para hablar del paso del ángel exterminador que salva a los israelitas en la tierra de Egipto (cf. *Ex* 12, 23). Es el «paso» de la pascua, el inicio de la liberación: cuando pasa Jesús, siempre hay liberación, siempre hay salvación. Así, pues, al ciego, es como si le anunciaran *su pascua*. Sin dejarse atemorizar, el ciego grita más de una vez a Jesús reconociéndolo como el Hijo de David, el Mesías esperado que, según el profeta Isaías, abriría los ojos a los ciegos (cf. *Is* 35, 5). A diferencia de la multitud, este ciego ve con los ojos de la fe. Gracias a ella su súplica tiene una poderosa eficacia. En efecto, al escucharlo, «Jesús se detuvo, y mandó que se lo trajeran» (v. 40). Obrando así Jesús *quita al ciego del borde del camino y lo pone en el centro* de la atención de sus discípulos y de la multitud. Pensemos también nosotros, cuando hemos estado en situaciones complicadas, incluso en situaciones de pecado, cómo fue precisamente Jesús a tomarnos de la mano y a quitarnos del borde del camino y donarnos la salvación. Se realiza así un doble paso. Primero: la gente había anunciado una buena noticia al ciego, pero no querían saber nada con él; ahora Jesús obliga a todos a tomar conciencia que el buen anuncio implica poner en el centro del propio camino a aquel que había sido excluido del mismo. Segundo: a su vez, el ciego no veía, pero su fe le abre la senda de la salvación, y él se encuentra en medio de los que habían bajado a la calle para ver a Jesús. Hermanos y hermanas, *el paso del Señor es un encuentro de misericordia que une a todos en torno a Él para permitirnos reconocer a quien tiene necesidad de ayuda y de consuelo*. Incluso por nuestra vida pasa Jesús; y cuando pasa Jesús, y me doy cuenta de ello, es una invitación a acercarme a Él, a ser más bueno, a ser un mejor cristiano, a seguir a Jesús.

Jesús se dirige al ciego y le pregunta: «¿Qué quieres que te haga?» (v. 41). Estas palabras de Jesús son impresionantes: el Hijo de Dios ahora está ante el

ciego como un humilde siervo. Él, Jesús, Dios, dice: «¿Qué quieres que te haga? ¿Cómo quieres que te sirva?». Dios se hace siervo del hombre pecador. Y el ciego ya no responde a Jesús llamándolo «Hijo de David», sino «Señor», el título que la Iglesia desde los inicios aplica a Jesús Resucitado. El ciego pide poder ver de nuevo y su deseo es atendido: «Recobra la vista, tu fe te ha salvado» (v. 42). Él mostró su fe invocando a Jesús y queriendo encontrarse con Él de todos los modos posibles, y esto le dio como don la salvación. Gracias a la fe ahora puede ver y, sobre todo, se siente amado por Jesús. Por ello el relato termina diciendo que el ciego «lo seguía glorificando a Dios» (v. 43): *se convierte en discípulo*. De mendigo a discípulo, también este es nuestro camino: todos nosotros somos mendigos, todos. Siempre tenemos necesidad de salvación. Y todos nosotros, todos los días, debemos dar este paso: de mendigos a discípulos. Y así, el ciego se pone en camino siguiendo al Señor y entrando a formar parte de su comunidad. Aquel a quien querían hacer callar, ahora testimonia a gran voz su encuentro con Jesús de Nazaret, y «todo el pueblo, al verlo, alabó a Dios» (v. 43). Tiene lugar un segundo milagro: lo que sucedió al ciego *hace que, al final, también la gente vea*. La misma luz ilumina a todos congregándolos en la oración de alabanza. Así Jesús derrama su misericordia sobre todos aquellos con los que se encuentra: los llama, hace que se acerquen a Él, los reúne, los cura y los ilumina, creando un pueblo nuevo que celebra las maravillas de su amor misericordioso. Dejémosnos también nosotros llamar por Jesús, y dejémosnos curar por Jesús, perdonar por Jesús, y sigámoslo alabando a Dios. Que así sea.

LA MISERICORDIA SEGÚN LA PERSPECTIVA BÍBLICA (21)*

LA MISERICORDIA PURIFICA EL CORAZÓN

(CFR Lc 5, 12-16)

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

«Señor, si quieres, puedes limpiarme» (Lc 5, 12): la petición que hemos escuchado es la que un leproso dirige a Jesús. Este hombre no pide solamente ser curado, sino ser «purificado», es decir curado integralmente, en el cuerpo y en el corazón. En efecto, la lepra era considerada una forma de maldición de Dios, de impureza profunda. El leproso tenía que permanecer alejado de todos; no podía acceder al templo y a ningún servicio divino. Lejos de Dios y lejos de los hombres. Triste vida la de esta gente.

No obstante esto, ese leproso no se resigna ni ante la enfermedad ni ante las disposiciones que hacen de él un excluido. Para llegar a Jesús, no teme quebrantar la ley y entra en la ciudad —algo que no debía hacer, le estaba prohibido—, y al encontrarlo «se echó rostro en tierra, y le rogó diciendo: “Señor, si quieres, puedes limpiarme”» (v. 12). Todo aquello que hace y dice este hombre considerado impuro es la expresión de su fe. Reconoce el poder de Jesús: está seguro de que tiene el poder de curarlo y que todo depende de su voluntad. Esta fe es la fuerza que le permitió romper con las normas y buscar el encuentro con Jesús; y, postrándose ante Él, lo llama «Señor». La súplica del leproso muestra que cuando nos presentamos a Jesús no es necesario hacer largos discursos. Son suficiente pocas palabras, siempre que vayan acompañadas por la plena confianza en su omnipotencia y en su bondad. Confiar en la voluntad de Dios significa, en efecto, situarnos ante su infinita misericordia. También yo os haré una confesión personal. Por la noche, antes de ir a la cama, rezo esta breve oración: «Señor, si quieres, puedes limpiarme». Y rezo cinco «Padrenuestro», uno por cada llaga de Jesús, porque Jesús nos ha purificado con las llagas. Y si esto lo hago yo, lo podéis hacer también vosotros, en vuestra casa, y decir: «Señor, si quieres, puedes limpiarme» y pensar en las llagas de Jesús y decir un «Padrenuestro» por cada una de ellas. Jesús nos escucha siempre.

*22 de junio

Jesús siente profunda compasión por este hombre. El Evangelio de Marcos destaca que «compadecido de él, extendió su mano, le tocó y le dijo: “Quiero; queda limpio”» (1, 41). El gesto de Jesús acompaña sus palabras y hace que sea más explícita su enseñanza. Contra las disposiciones de la Ley de Moisés, que prohibía acercarse a un leproso (cf. *Lv* 13, 45-46), Jesús extiende la mano e incluso lo toca. ¡Cuántas veces nosotros encontramos a un pobre que se nos acerca! Podemos ser incluso generosos, podemos tener compasión, pero normalmente no lo tocamos. Le damos la moneda, la tiramos allí, pero evitamos tocar la mano. Y olvidamos que ese es el cuerpo de Cristo. Jesús nos enseña a no tener miedo de tocar al pobre y al excluido, porque Él está en ellos. Tocar al pobre puede purificarnos de la hipocresía e inquietarnos por su condición. Tocar a los excluidos. Hoy me acompañan aquí estos jóvenes. Muchos piensan que hubiese sido mejor permanecer en su tierra, pero allí sufrían mucho. Son nuestros refugiados, pero muchos los consideran excluidos. Por favor, ¡son nuestros hermanos! El cristiano no excluye a nadie, hace espacio a todos.

Después de curar al leproso, Jesús le manda que no hable de ello con nadie, pero le dice: «Vete, muéstrate al sacerdote y haz la ofrenda por tu purificación como prescribió Moisés, para que les sirva de testimonio» (v. 14). Esta disposición de Jesús muestra al menos tres cosas. La primera: la gracia que obra en nosotros no busca el sensacionalismo. A menudo se mueve con discreción y sin clamor. Para curar nuestras heridas y guiarnos por la senda de la santidad ella trabaja modelando pacientemente nuestro corazón según el Corazón del Señor, de tal modo que asimilemos cada vez más sus pensamientos y sentimientos. La segunda: haciendo verificar oficialmente por los sacerdotes la curación realizada y celebrando un sacrificio expiatorio, el leproso es readmitido en la comunidad de los creyentes y en la vida social. Su reintegro completa la curación. Como él mismo lo había suplicado, ahora está completamente purificado. Por último, presentándose a los sacerdotes el leproso testimonia ante ellos acerca de Jesús y su autoridad mesiánica. La fuerza de la compasión con la cual Jesús curó al leproso condujo la fe de este hombre a abrirse a la misión. Era un excluido, ahora es uno de nosotros.

Pensemos en nosotros, en nuestras miserias... Cada uno tiene las propias. Pensemos con sinceridad. Cuántas veces las tapamos con la hipocresía de las «buenas formas». Y precisamente entonces es necesario estar solos, ponerse de rodillas ante Dios y rezar: «Señor, si quieres, puedes limpiarme». Hacedlo, hacedlo antes de ir a la cama, todas la noches. Y ahora digamos juntos esta hermosa oración: «Señor, si quieres, puedes limpiarme».

AUDIENCIAS JUBILARES

LA MISERICORDIA COMO LÁSTIMA*

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días! El día no parece muy bueno [llueve], pero vosotros sois valientes y habéis venido con la lluvia. ¡Gracias!

Esta audiencia se hace en dos lugares: los enfermos están en el aula Pablo VI, a causa de la lluvia, están más cómodos allí y nos siguen con la pantalla gigante; y nosotros, aquí.

Estamos unidos, nosotros y ellos, y os propongo que los saludemos con un aplauso. ¡No es fácil aplaudir con el paraguas en la mano!

Entre los muchos aspectos de la misericordia, hay uno que consiste en *sentir piedad o apiadarse* de los que necesitan amor. *Lapietas* —la piedad— es un concepto presente en el mundo greco-romano, donde sin embargo indicaba un acto de sumisión a los superiores: sobre todo la devoción debida a los dioses, después el respeto de los hijos hacia los padres, sobre todo ancianos. Hoy, por el contrario, debemos estar atentos a no identificar la piedad con el pietismo, considerablemente difundido, que es sólo una emoción superficial y ofende la dignidad del otro.

Al mismo tiempo, la piedad no se debe confundir tampoco con la compasión que sentimos por los animales que viven con nosotros; sucede, de hecho, que a veces se tiene este sentimiento hacia los animales, y se permanece indiferente ante los sufrimientos de los hermanos.

Cuántas veces vemos gente muy apegada a los gatos, a los perros, y después dejan de ayudar al vecino, la vecina que tiene necesidad... Esto no va bien.

La piedad de la que queremos hablar es una manifestación de la misericordia de Dios. Es uno de los siete dones del Espíritu Santo que el Señor ofrece a sus discípulos para hacerlos «dóciles para obedecer con prontitud a las inspiraciones

*14 de mayo

divinas» (*Catecismo de la Iglesia católica*, 1831). Muchas veces en los Evangelios se habla del grito espontáneo que personas enfermas, endemoniadas, pobres o afligidas dirigían a Jesús: «Ten piedad» (cf. *Mc* 10, 47-48; *Mt* 15, 22; 17,15).

A todos Jesús respondía con la mirada de la misericordia y el consuelo de su presencia. En estas invocaciones de ayuda y petición de piedad, cada uno expresaba también su fe en Jesús, llamándolo «Maestro», «Hijo de David» y «Señor». Intuían que en Él había algo extraordinario, que les podía ayudar a salir de la condición de tristeza en la que se encontraban. Percibían en Él el amor de Dios mismo. Y también cuando la multitud se congregaba, Jesús se daba cuenta de esas invocaciones de piedad y se apiadaba, sobre todo cuando veía personas sufridas y heridas en su dignidad, como en el caso de la hemorroísa (cf. *Mc* 5, 32). Él les pedía tener confianza en Él y en su Palabra (cf. *Jn* 6, 48-55). Para Jesús sentir piedad equivale a compartir la tristeza de quien encuentra, pero al mismo tiempo a trabajar en primera persona para transformarla en alegría.

También nosotros estamos llamados a cultivar actitudes de piedad frente a muchas situaciones de la vida, sacudiéndonos de encima la indiferencia que impide reconocer las exigencias de los hermanos que nos rodean y liberándonos de la esclavitud del bienestar material (cf. *1 Tm* 6, 3-8).

Miremos el ejemplo de la Virgen María, que cuida de cada uno de sus hijos y es para nosotros creyentes icono de la piedad. Dante Alighieri lo expresa en la oración a la Virgen colocada al final del Paraíso: «En ti misericordia, en ti piedad, [...] en ti se aduna cuanto en la criatura hay de bondad» (XXXIII, 19-21). Gracias.

MISERICORDIA Y CONVERSIÓN (CFR Lc 24, 45-48)*

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Después de su resurrección, Jesús se apareció diversas veces a los discípulos, antes de ascender a la gloria del Padre. El pasaje del Evangelio que acabamos de escuchar (Lc 24, 45-48) narra una de estas apariciones, en la cual el Señor indica el contenido fundamental de la predicación que los apóstoles deberán ofrecer al mundo. Podemos sintetizarla con dos palabras: «conversión» y «perdón de los pecados». Son dos aspectos que califican la misericordia de Dios que, con amor, cuida de nosotros. Hoy tomamos en consideración la *conversión*.

¿Qué es la conversión? Está presente en toda la Biblia, y de manera particular en la predicación de los profetas, que invitan continuamente al pueblo a «volver al Señor» pidiéndole perdón y cambiando estilo de vida. Convertirse, según los profetas, significa cambiar de dirección y dirigirse de nuevo al Señor, basándose en la certeza de que Él nos ama y su amor es siempre fiel. Volver al Señor. Jesús ha hecho de la conversión la primera palabra de su predicación: «Convertíos y creed en el Evangelio» (Mc 1, 15). Es con este anuncio que Él se presenta al pueblo, pidiendo que se acoja su palabra como la última y definitiva que el Padre dirige a la humanidad (cf. Mc 12, 1-2). Respecto a la predicación de los profetas, Jesús insiste todavía más en la dimensión interior de la conversión. En esa, efectivamente, toda la persona está involucrada, con el corazón y la mente, para convertirse en una criatura nueva, una persona nueva. Cambia el corazón y uno se renueva.

Cuando Jesús llama a la conversión no se erige en juez de las personas, lo hace desde la cercanía, desde el compartir la condición humana, y por tanto de la calle, de la casa, de la mesa... La misericordia hacia quienes tenían la necesidad de cambiar de vida se realizaba con su presencia amable, para hacer partícipe a cada uno de ellos en su historia de salvación. Jesús persuadía a la gente con la amabilidad, con el amor; y con este comportamiento, Jesús llegaba a lo más pro-

* 18 de junio

fundo del corazón de las personas que se sentían atraídas por el amor de Dios e impulsadas a cambiar de vida. Por ejemplo, las conversiones de Mateo (cf. *Mt* 9, 9-13) y de Zaqueo (cf. *Lc* 19, 1-10) sucedieron exactamente de esta manera, porque se sintieron amados por Jesús y, a través de Él, por el Padre. La verdadera conversión se da cuando acogemos el don de la gracia; y una señal clara de su autenticidad es el hecho que nos damos cuenta de las necesidades de los hermanos y estamos preparados para salir a su encuentro.

Queridos hermanos y hermanas, ¡cuántas veces sentimos también nosotros la exigencia de un cambio que afecte a toda nuestra persona! ¡Cuántas veces nos decimos: «debo cambiar, no puedo continuar así... Mi vida, por este camino, no dará frutos, será una vida inútil y yo no seré feliz!». ¡Cuántas veces nos vienen estos pensamientos, cuántas veces!... Y Jesús, a nuestro lado, con la mano tendida nos dice: «ven, ven a mí. El trabajo lo hago yo; yo te cambiaré el corazón, yo te cambiaré la vida, yo te haré feliz». Pero nosotros, ¿creemos esto o no?; ¿creemos o no?; ¿qué pensáis vosotros?; ¿creéis en esto o no? ¡Menos aplausos y más voz!; ¿creéis o no creéis? [la gente: «¡Sí!»]. Es así. Jesús que está con nosotros nos invita a cambiar de vida. Él, con el Espíritu Santo, siembra en nosotros esa inquietud de cambiar de vida y ser un poco mejores. Sigamos entonces esta invitación del Señor y no opongamos resistencia, porque sólo si nos abrimos a su misericordia, encontraremos la verdadera vida y la verdadera alegría. Sólo debemos abrir la puerta de par en par, y Él hará el resto. Él hace todo, pero a nosotros nos corresponde abrir el corazón de par en par para que Él pueda sanarnos y hacernos seguir adelante. Os aseguro que seremos más felices. Gracias.

OBRAS DE MISERICORDIA (CFR MT 25, 31-46)*

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

¡Cuántas veces, durante estos primeros meses del Jubileo, hemos escuchado hablar de las obras de *misericordia*! Hoy el Señor nos invita a hacer un serio examen de conciencia. Es bueno, en efecto, no olvidar nunca que la misericordia no es una palabra abstracta, sino un estilo de vida: una persona puede ser misericordiosa o puede no ser misericordiosa; es un estilo de vida. Yo elijo vivir como misericordioso o elijo vivir como no misericordioso. Una cuestión es *hablar* de misericordia, otra es *vivir* la misericordia. Parafraseando las palabras de Santiago apóstol (cf. 2, 14-17) podríamos decir: *la misericordia sin las obras está muerta en sí misma*. ¡Es precisamente así! Lo que hace viva la misericordia es su constante dinamismo para ir al encuentro de las carencias y las necesidades de quienes viven en pobreza espiritual y material. La misericordia tiene ojos para ver, oídos para escuchar, manos para levantar...

La vida cotidiana nos permite tocar con la mano muchas exigencias que afectan a las personas más pobres y con más pruebas. A nosotros se nos pide esa atención especial que nos conduce a *darnos cuenta* del estado de sufrimiento y necesidad en el que se encuentran muchos hermanos y hermanas. A veces pasamos ante situaciones de dramática pobreza y parece que no nos afectan; todo sigue como si no pasara nada, en una indiferencia que al final nos convierte en hipócritas y, sin que nos demos cuenta de ello, desemboca en una forma de letargo espiritual que hace insensible el ánimo y estéril la vida. La gente que pasa, que sigue adelante en la vida sin darse cuenta de las necesidades de los demás, sin ver muchas necesidades espirituales y materiales, es gente que pasa sin vivir, es gente que no sirve a los demás. Recordadlo bien: quien no vive para servir, no sirve para vivir.

¡Cuántos son los aspectos de la misericordia de Dios hacia nosotros! Del mismo modo, cuántos rostros se dirigen a nosotros para obtener misericordia.

* 30 de junio

Quien ha experimentado en la propia vida la misericordia del Padre no puede permanecer insensible ante las necesidades de los hermanos. La enseñanza de Jesús que hemos escuchado no admite vías de escape: Tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; estaba desnudo, refugiado, enfermo, en la cárcel y me ayudasteis (cf. Mt 25, 35-36). No se puede pasar de largo ante una persona que tiene hambre: es necesario darle de comer. ¡Jesús nos dice esto! Las obras de misericordia no son temas teóricos, sino que son testimonios concretos. Obligan a arremangarse para aliviar el sufrimiento.

A causa de los cambios de nuestro mundo globalizado, algunas pobreza materiales y espirituales se han multiplicado: por lo tanto, dejemos espacio a la fantasía de la caridad para encontrar nuevas modalidades de acción. De este modo la vía de la misericordia se hará cada vez más concreta. A nosotros, pues, se nos pide permanecer vigilantes como centinelas, para que no suceda que, ante las pobreza producidas por la cultura del bienestar, la mirada de los cristianos se debilite y llegue a ser incapaz de ver lo esencial. Ver lo esencial. ¿Qué significa? Ver a Jesús, ver a Jesús en el hambriento, en quien está en la cárcel, en el enfermo, en el desnudo, en el que no tiene trabajo y debe sacar adelante una familia. Ver a Jesús en estos hermanos y hermanas nuestros; ver a Jesús en quien está solo, triste, en el que se equivoca y necesita un consejo, en el que necesita hacer camino con Él en silencio para que se sienta acompañado. Estas son las obras que Jesús nos pide a nosotros. Ver a Jesús en ellos, en esta gente. ¿Por qué? Porque es así como Jesús me mira a mí, como nos mira a todos nosotros.

DISCURSOS

ENTREGA DEL PREMIO CARLOMAGNO*

Ilustres señoras y señores:

Les doy mi cordial bienvenida y gracias por su presencia. Agradezco especialmente sus amables palabras a los señores Marcel Philipp, Jürgen Linden, Martin Schulz, Jean-Claude Juncker y Donald Tusk. Deseo reiterar mi intención de ofrecer a Europa el prestigioso premio con el cual he sido honrado: no hagamos un gesto celebrativo, sino que aprovechemos más bien esta ocasión para desear todos juntos un impulso nuevo y audaz para este amado Continente.

La creatividad, el ingenio, la capacidad de levantarse y salir de los propios límites pertenecen al alma de Europa. En el siglo pasado, ella ha dado testimonio a la humanidad de que un nuevo comienzo era posible; después de años de trágicos enfrentamientos, que culminaron en la guerra más terrible que se recuerda, surgió, con la gracia de Dios, una novedad sin precedentes en la historia. Las cenizas de los escombros no pudieron extinguir la esperanza y la búsqueda del otro, que ardían en el corazón de los padres fundadores del proyecto europeo. Ellos pusieron los cimientos de un baluarte de la paz, de un edificio construido por Estados que no se unieron por imposición, sino por la libre elección del *bien común*, renunciando para siempre a enfrentarse. Europa, después de muchas divisiones, se encontró finalmente a sí misma y comenzó a construir su casa.

Esta «familia de pueblos»¹, que entretanto se ha hecho de modo meritorio más amplia, en los últimos tiempos parece sentir menos suyos los muros de la casa común, tal vez levantados apartándose del clarividente proyecto diseñado por los padres. Aquella atmósfera de novedad, aquel ardiente deseo de construir la unidad, parecen estar cada vez más apagados; nosotros, los hijos de aquel sueño estamos tentados de caer en nuestros egoísmos, mirando lo que nos es útil y pensando en construir recintos particulares. Sin embargo, estoy convencido de que

*Sala Regia, 6 de mayo

la resignación y el cansancio no pertenecen al alma de Europa y que también «las dificultades puedan convertirse en fuertes promotoras de unidad»².

En el Parlamento Europeo me permití hablar de la Europa anciana. Decía a los eurodiputados que en diferentes partes crecía la impresión general de una Europa cansada y envejecida, no fértil ni vital, donde los grandes ideales que inspiraron a Europa parecen haber perdido fuerza de atracción. Una Europa decaída que parece haber perdido su capacidad generativa y creativa. Una Europa tentada de querer asegurar y dominar espacios más que de generar procesos de inclusión y de transformación; una Europa que se va «atrincherando» en lugar de privilegiar las acciones que promueven nuevos dinamismos en la sociedad; dinamismos capaces de involucrar y poner en marcha todos los actores sociales (grupos y personas) en la búsqueda de nuevas soluciones a los problemas actuales, que fructifiquen en importantes acontecimientos históricos; una Europa que, lejos de proteger espacios, se convierta en madre generadora de procesos (cf. *Evangelii gaudium*, 223).

¿Qué te ha sucedido Europa humanista, defensora de los derechos humanos, de la democracia y de la libertad? ¿Qué te ha pasado Europa, tierra de poetas, filósofos, artistas, músicos, escritores? ¿Qué te ha ocurrido Europa, madre de pueblos y naciones, madre de grandes hombres y mujeres que fueron capaces de defender y dar la vida por la dignidad de sus hermanos?

El escritor Elie Wiesel, superviviente de los campos de exterminio nazis, decía que hoy en día es imprescindible realizar una «transfusión de memoria». Es necesario «hacer memoria», tomar un poco de distancia del presente para escuchar la voz de nuestros antepasados. La memoria no sólo nos permitirá que no se cometan los mismos errores del pasado (cf. *Evangelii gaudium*, 108), sino que nos dará acceso a aquellos logros que ayudaron a nuestros pueblos a superar positivamente las encrucijadas históricas que fueron encontrando. La transfusión de memoria nos libera de esa tendencia actual, con frecuencia más atractiva, a obtener rápidamente resultados inmediatos sobre arenas movedizas, que podrían producir «un rédito político fácil, rápido y efímero, pero que no construyen la plenitud humana» (*ibíd.* 224).

A este propósito, nos hará bien evocar a los padres fundadores de Europa. Ellos supieron buscar vías alternativas e innovadoras en un contexto marcado por las heridas de la guerra. Ellos tuvieron la audacia no sólo de soñar la idea de Europa, sino que osaron transformar radicalmente los modelos que únicamente provocaban violencia y destrucción. Se atrevieron a buscar soluciones multilaterales a los problemas que poco a poco se iban convirtiendo en comunes.

Robert Schuman, en el acto que muchos reconocen como el nacimiento de la primera comunidad europea, dijo: «Europa no se hará de una vez, ni en una obra de conjunto: se hará gracias a realizaciones concretas, que creen en primer lugar una solidaridad de hecho»³. Precisamente ahora, en este nuestro mundo atormentado y herido, es necesario volver a aquella *solidaridad de hecho*, a la *misma generosidad concreta* que siguió al segundo conflicto mundial, porque —proseguía Schuman— «la paz mundial no puede salvaguardarse sin unos esfuerzos creadores equiparables a los peligros que la amenazan»⁴. Los proyectos de los padres fundadores, mensajeros de la paz y profetas del futuro, no han sido superados: inspiran, hoy más que nunca, a construir puentes y derribar muros. Parecen expresar una ferviente invitación a no contentarse con retoques cosméticos o compromisos tortuosos para corregir algún que otro tratado, sino a sentar con valor bases nuevas, fuertemente arraigadas. Como afirmaba Alcide De Gasperi, «todos animados igualmente por la preocupación del bien común de nuestras patrias europeas, de nuestra patria Europa», se comience de nuevo, sin miedo un «trabajo constructivo que exige todos nuestros esfuerzos de paciente y amplia cooperación»⁵.

Esta transfusión de memoria nos permite inspirarnos en el pasado para afrontar con valentía el complejo cuadro multipolar de nuestros días, aceptando con determinación el reto de «actualizar» la idea de Europa. Una Europa capaz de dar a luz un nuevo humanismo basado en tres capacidades: la capacidad de integrar, capacidad de comunicación y la capacidad de generar.

Capacidad de integrar

Erich Przywara, en su magnífica obra *La idea de Europa*, nos reta a considerar la ciudad como un lugar de convivencia entre varias instancias y niveles. Él conocía la tendencia reduccionista que mora en cada intento de pensar y soñar el tejido social. La belleza arraigada en muchas de nuestras ciudades se debe a que han conseguido mantener en el tiempo las diferencias de épocas, naciones, estilos y visiones. Basta con mirar el inestimable patrimonio cultural de Roma para confirmar, una vez más, que la riqueza y el valor de un pueblo tiene precisamente sus raíces en el saber articular todos estos niveles en una sana convivencia. Los reduccionismos y todos los intentos de uniformar, lejos de generar valor, condenan a nuestra gente a una pobreza cruel: la de la exclusión. Y, más que aportar grandeza, riqueza y belleza, la exclusión provoca bajeza, pobreza y fealdad. Más que dar nobleza de espíritu, les aporta mezquindad.

Las raíces de nuestros pueblos, las raíces de Europa se fueron consolidando en el transcurso de su historia, aprendiendo a integrar en síntesis siempre nuevas

las culturas más diversas y sin relación aparente entre ellas. La identidad europea es, y siempre ha sido, una identidad dinámica y multicultural.

La actividad política es consciente de tener entre las manos este trabajo fundamental y que no puede ser pospuesto. Sabemos que «el todo es más que la parte, y también es más que la mera suma de ellas», por lo que se tendrá siempre que trabajar para «ampliar la mirada para reconocer un bien mayor que nos beneficiará a todos» (*Evangelii gaudium*, 235). Estamos invitados a promover una integración que encuentra en la solidaridad el modo de hacer las cosas, el modo de construir la historia. Una solidaridad que nunca puede ser confundida con la limosna, sino como generación de oportunidades para que todos los habitantes de nuestras ciudades —y de muchas otras ciudades— puedan desarrollar su vida con dignidad. El tiempo nos enseña que no basta solamente la integración geográfica de las personas, sino que el reto es una fuerte integración cultural.

De esta manera, la comunidad de los pueblos europeos podrá vencer la tentación de replegarse sobre paradigmas unilaterales y de aventurarse en «colonizaciones ideológicas»; más bien redescubrirá la amplitud del alma europea, nacida del encuentro de civilizaciones y pueblos, más vasta que los actuales confines de la Unión y llamada a convertirse en modelo de nuevas síntesis y de diálogo. En efecto, el rostro de Europa no se distingue por oponerse a los demás, sino por llevar impresas las características de diversas culturas y la belleza de vencer todo encerramiento. Sin esta capacidad de integración, las palabras pronunciadas por Konrad Adenauer en el pasado resonarán hoy como una profecía del futuro: «El futuro de Occidente no está amenazado tanto por la tensión política, como por el peligro de la masificación, de la uniformidad de pensamiento y del sentimiento; en breve, por todo el sistema de vida, de la fuga de la responsabilidad, con la única preocupación por el propio yo»⁶.

Capacidad de diálogo

Si hay una palabra que tenemos que repetir hasta cansarnos es esta: diálogo. Estamos invitados a promover una cultura del diálogo, tratando por todos los medios de crear instancias para que esto sea posible y nos permita reconstruir el tejido social. La cultura del diálogo implica un auténtico aprendizaje, una ascesis que nos permita reconocer al otro como un interlocutor válido; que nos permita mirar al extranjero, al emigrante, al que pertenece a otra cultura como sujeto digno de ser escuchado, considerado y apreciado. Para nosotros, hoy es urgente involucrar a todos los actores sociales en la promoción de «una cultura que privilegie el diálogo como forma de encuentro, la búsqueda de consensos y acuerdos, pero sin separarla de la preocupación por una sociedad justa, memoriosa y sin

exclusiones» (*Evangelii gaudium*, 239). La paz será duradera en la medida en que armemos a nuestros hijos con las armas del diálogo, les enseñemos la buena batalla del encuentro y la negociación. De esta manera podremos dejarles en herencia una cultura que sepa delinear estrategias no de muerte, sino de vida, no de exclusión, sino de integración.

Esta cultura de diálogo, que debería ser incluida en todos los programas escolares como un eje transversal de las disciplinas, ayudará a inculcar a las nuevas generaciones un modo diferente de resolver los conflictos al que les estamos acostumbrando. Hoy urge crear «coaliciones», no sólo militares o económicas, sino culturales, educativas, filosóficas, religiosas. Coaliciones que pongan de relieve cómo, detrás de muchos conflictos, está en juego con frecuencia el poder de grupos económicos. Coaliciones capaces de defender las personas de ser utilizadas para fines impropios. Armemos a nuestra gente con la cultura del diálogo y del encuentro.

Capacidad de generar

El diálogo, y todo lo que este implica, nos recuerda que nadie puede limitarse a ser un espectador ni un mero observador. Todos, desde el más pequeño al más grande, tienen un papel activo en la construcción de una sociedad integrada y reconciliada. Esta cultura es posible si todos participamos en su elaboración y construcción. La situación actual no permite meros observadores de las luchas ajenas. Al contrario, es un firme llamamiento a la responsabilidad personal y social.

En este sentido, nuestros jóvenes desempeñan un papel preponderante. Ellos no son el futuro de nuestros pueblos, son el presente; son los que ya hoy con sus sueños, con sus vidas, están forjando el espíritu europeo. No podemos pensar en el mañana sin ofrecerles una participación real como autores de cambio y de transformación. No podemos imaginar Europa sin hacerlos partícipes y protagonistas de este sueño.

He reflexionado últimamente sobre este aspecto, y me he preguntado: ¿Cómo podemos hacer partícipes a nuestros jóvenes de esta construcción cuando les privamos del trabajo; de empleo digno que les permita desarrollarse a través de sus manos, su inteligencia y sus energías? ¿Cómo pretendemos reconocerles el valor de protagonistas, cuando los índices de desempleo y subempleo de millones de jóvenes europeos van en aumento? ¿Cómo evitar la pérdida de nuestros jóvenes, que terminan por irse a otra parte en busca de ideales y sentido de pertenencia porque aquí, en su tierra, no sabemos ofrecerles oportunidades y valores?

«La distribución justa de los frutos de la tierra y el trabajo humano no es mera filantropía. Es un deber moral»⁷. Si queremos entender nuestra sociedad de un modo diferente, necesitamos crear puestos de trabajo digno y bien remunerado, especialmente para nuestros jóvenes.

Esto requiere la búsqueda de nuevos modelos económicos más inclusivos y equitativos, orientados no para unos pocos, sino para el beneficio de la gente y de la sociedad. Pienso, por ejemplo, en la economía social de mercado, alentada también por mis predecesores (cf. Juan Pablo II, *Discurso al Embajador de la R. F. de Alemania*, 8 noviembre 1990). Pasar de una economía que apunta al rédito y al beneficio, basados en la especulación y el préstamo con interés, a una economía social que invierta en las personas creando puestos de trabajo y cualificación.

Tenemos que pasar de una economía líquida, que tiende a favorecer la corrupción como medio para obtener beneficios, a una economía social que garantice el acceso a la tierra y al techo por medio del trabajo como ámbito donde las personas y las comunidades puedan poner en juego «muchas dimensiones de la vida: la creatividad, la proyección del futuro, el desarrollo de capacidades, el ejercicio de los valores, la comunicación con los demás, una actitud de adoración. Por eso, en la actual realidad social mundial, más allá de los intereses limitados de las empresas y de una cuestionable racionalidad económica, es necesario que “se siga buscando como *prioridad el objetivo del acceso al trabajo* [...] para todos”⁸» (*Laudato si'*, 127).

Si queremos mirar hacia un futuro que sea digno, si queremos un futuro de paz para nuestras sociedades, solamente podremos lograrlo apostando por la inclusión real: «esa que da el trabajo digno, libre, creativo, participativo y solidario»⁹. Este cambio (de una economía líquida a una economía social) no sólo dará nuevas perspectivas y oportunidades concretas de integración e inclusión, sino que nos abrirá nuevamente la capacidad de soñar aquel humanismo, del que Europa ha sido la *cuna* y la *fuelle*.

La Iglesia puede y debe ayudar al renacer de una Europa cansada, pero todavía rica de energías y de potencialidades. Su tarea coincide con su misión: el anuncio del Evangelio, que hoy más que nunca se traduce principalmente en salir al encuentro de las heridas del hombre, llevando la presencia fuerte y sencilla de Jesús, su misericordia que consuela y anima. Dios desea habitar entre los hombres, pero puede hacerlo solamente a través de hombres y mujeres que, al igual que los grandes evangelizadores del continente, estén tocados por él y vivan el Evangelio sin buscar otras cosas. Sólo una Iglesia rica en testigos podrá llevar de nuevo el agua pura del Evangelio a las raíces de Europa. En esto, el camino de los

cristianos hacia la unidad plena es un gran signo de los tiempos, y también la exigencia urgente de responder al Señor «para que todos sean uno» (Jn 17,21).

Con la mente y el corazón, con esperanza y sin vana nostalgia, como un hijo que encuentra en la madre Europa sus raíces de vida y fe, sueño un *nuevo humanismo europeo*, «un proceso constante de humanización», para el que hace falta «memoria, valor y una sana y humana utopía»¹⁰. Sueño una Europa joven, capaz de ser todavía madre: una madre que tenga vida, porque respeta la vida y ofrece esperanza de vida. Sueño una Europa que se hace cargo del niño, que como un hermano socorre al pobre y a los que vienen en busca de acogida, porque ya no tienen nada y piden refugio. Sueño una Europa que escucha y valora a los enfermos y a los ancianos, para que no sean reducidos a objetos improductivos de descarte. Sueño una Europa, donde ser emigrante no sea un delito, sino una invitación a un mayor compromiso con la dignidad de todo ser humano. Sueño una Europa donde los jóvenes respiren el aire limpio de la honestidad, amen la belleza de la cultura y de una vida sencilla, no contaminada por las infinitas necesidades del consumismo; donde casarse y tener hijos sea una responsabilidad y una gran alegría, y no un problema debido a la falta de un trabajo suficientemente estable. Sueño una Europa de las familias, con políticas realmente eficaces, centradas en los rostros más que en los números, en el nacimiento de hijos más que en el aumento de los bienes. Sueño una Europa que promueva y proteja los derechos de cada uno, sin olvidar los deberes para con todos. Sueño una Europa de la cual no se pueda decir que su compromiso por los derechos humanos ha sido su última utopía. Gracias.

NOTAS

¹ *Discurso al Parlamento Europeo*, Estrasburgo, 25 de noviembre de 2014.

² *Ibíd.*

³ *Declaración del 9 de mayo de 1950*, Salón de l'Horloge, Quai d'Orsay, Paris.

⁴ *Ibíd.*

⁵ *Discurso a la Conferencia Parlamentaria Europea*, París, 21 de abril de 1954.

⁶ *Discurso a la Asamblea de los artesanos alemanes*, Düsseldorf, 27 de abril de 1952.

⁷ *Discurso a los movimientos populares en Bolivia*, Santa Cruz de la Sierra, 9 de julio de 2015.

⁸ Benedicto XVI, Carta. Enc. *Caritas in veritate* (29 junio 2009), 32: AAS 101 (2009), 666.

⁹ *Discurso a los movimientos populares en Bolivia*, Santa Cruz de la Sierra, 9 de julio 2015.

¹⁰ *Discurso al Consejo de Europa*, Estrasburgo, 25 de noviembre de 2014.

HOMILÍAS

SOLEMNIDAD DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS* JUBILEO DE LOS SACERDOTES

La celebración del Jubileo de los Sacerdotes en la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús nos invita a llegar al corazón, es decir, a la interioridad, a las raíces más sólidas de la vida, al núcleo de los afectos, en una palabra, al centro de la persona. Y hoy nos fijamos en dos corazones: el del *Buen Pastor* y *nuestro corazón de pastores*.

El corazón del Buen Pastor no es sólo el corazón que tiene misericordia de nosotros, sino la misericordia misma. Ahí resplandece el amor del Padre; ahí me siento seguro de ser acogido y comprendido como soy; ahí, con todas mis limitaciones y mis pecados, saboreo la certeza de ser elegido y amado. Al mirar a ese corazón, renuevo el primer amor: el recuerdo de cuando el Señor tocó mi alma y me llamó a seguirlo, la alegría de haber echado las redes de la vida confiando en su palabra (cf. *Lc 5,5*).

El corazón del Buen Pastor nos dice que su amor no tiene límites, no se cansa y nunca se da por vencido. En él vemos su continua entrega sin algún con-fín; en él encontramos la fuente del amor dulce y fiel, que deja libre y nos hace libres; en él volvemos cada vez a descubrir que Jesús nos ama «hasta el extremo» (*Jn 13,1*); no se detiene antes, va hasta el final, sin imponerse nunca.

El corazón del Buen Pastor está inclinado hacia nosotros, «polarizado» especialmente en el que está lejano; allí apunta tenazmente la aguja de su brújula, allí revela la debilidad de un amor particular, porque desea llegar a todos y no perder a nadie.

Ante el Corazón de Jesús nace la pregunta fundamental de nuestra vida sacerdotal: ¿A dónde se orienta mi corazón? Pregunta que nosotros sacerdotes tenemos que hacernos muchas veces, cada día, cada semana: ¿A dónde se orienta

*Plaza de San Pedro, 3 de junio

mi corazón? El ministerio está a menudo lleno de muchas iniciativas, que lo ponen ante diversos frentes: de la catequesis a la liturgia, de la caridad a los compromisos pastorales e incluso administrativos. En medio de tantas actividades, permanece la pregunta: ¿En dónde se fija mi corazón? Viene a mi memoria esa oración tan bonita de la liturgia: «*Ubi vera sunt gaudia...*». ¿A dónde apunta, cuál es el tesoro que busca? Porque —dice Jesús— «donde estará tu tesoro, allí está tu corazón» (Mt 6,21). Tenemos debilidades todos nosotros, también pecados. Pero vayamos a lo profundo, a la raíz: ¿Dónde está la raíz de nuestras debilidades, de nuestros pecados? Es decir: ¿Dónde está el «tesoro» que nos aleja del Señor?

Los tesoros irremplazables del Corazón de Jesús son dos: el Padre y nosotros. Él pasaba sus jornadas entre la oración al Padre y el encuentro con la gente. No la distancia, sino el encuentro. También el corazón de pastor de Cristo conoce sólo dos direcciones: *el Señor* y la gente. El corazón del sacerdote es un corazón traspasado por el amor del Señor; por eso no se mira a sí mismo —no debería mirarse a sí mismo— sino que está dirigido a Dios y a los hermanos. Ya no es un «corazón bailarín», que se deja atraer por las seducciones del momento, o que va de aquí para allá en busca de aceptación y pequeñas satisfacciones. Es más bien un corazón arraigado en el Señor, cautivado por el Espíritu Santo, abierto y disponible para los hermanos. Y ahí resuelve sus pecados.

Para ayudar a nuestro corazón a que tenga el fuego de la caridad de Jesús, el Buen Pastor, podemos ejercitarnos en asumir en nosotros tres formas de actuar que nos sugieren las Lecturas de hoy: *buscar, incluir y alegrarse*.

Buscar. El profeta Ezequiel nos recuerda que Dios mismo busca a sus ovejas (cf. 34,11.16). Como dice el Evangelio, «va tras la descarriada hasta que la encuentra» (Lc 15,4), sin dejarse atemorizar por los riesgos; se aventura sin titubear más allá de los lugares de pasto y fuera de las horas de trabajo. Y no se hace pagar lo extraordinario. No aplaza la búsqueda, no piensa: «Hoy ya he cumplido con mi deber, y tal vez me ocuparé mañana», sino que se pone de inmediato manos a la obra; su corazón está inquieto hasta que encuentra esa oveja perdida. Y, cuando la encuentra, olvida la fatiga y se la carga sobre sus hombros todo contento. A veces tiene que salir para buscarla, para hablar, persuadir; otras veces debe permanecer ante el Sagrario, luchando con el Señor por esa oveja.

Así es el corazón que busca: es un corazón que no privatiza los tiempos y espacios. ¡Ay de los pastores que privatizan su ministerio! No es celoso de su legítima tranquilidad —legítima, digo; ni siquiera de esa—, y nunca pretende que no lo molesten. El pastor, según el corazón de Dios, no defiende su propia comodidad, no se preocupa de proteger su buen nombre, aunque sea calumniado

como Jesús. Sin temor a las críticas, está dispuesto a arriesgar con tal de imitar a su Señor. «Bienaventurados cuando os insulten, os persigan...» (Mt 5,11).

El pastor según Jesús tiene el corazón libre para dejar sus cosas, no vive haciendo cuentas de lo que tiene y de las horas de servicio: no es un contable del espíritu, sino un buen Samaritano en busca de quien tiene necesidad. Es un pastor, no un inspector de la grey, y se dedica a la misión no al cincuenta o sesenta por ciento, sino con todo su ser. Al ir en busca, encuentra, y encuentra porque arriesga. Si el pastor no arriesga, no encuentra. No se queda parado después de las desilusiones ni se rinde ante las dificultades; en efecto, es *obstinado en el bien*, ungido por la divina obstinación de que nadie se extravíe. Por eso, no sólo tiene la puerta abierta, sino que sale en busca de quien no quiere entrar por ella. Y como todo buen cristiano, y como ejemplo para cada cristiano, siempre está *en salida de sí mismo*. El epicentro de su corazón está fuera de él: es un descentrado de sí mismo, centrado sólo en Jesús. No es atraído por su yo, sino por el tú de Dios y por el nosotros de los hombres.

Segunda palabra: *incluir*. Cristo ama y conoce a sus ovejas, da la vida por ellas y ninguna le resulta extraña (cf. Jn 10,11-14). Su rebaño es su familia y su vida. No es un jefe temido por las ovejas, sino el pastor que camina con ellas y las llama por su nombre (cf. Jn 10, 3-4). Y quiere reunir a las ovejas que todavía no están con él (cf. Jn 10,16).

Así es también el sacerdote de Cristo: está ungido para el pueblo, no para elegir sus propios proyectos, sino para estar cerca de las personas concretas que Dios, por medio de la Iglesia, le ha confiado. Ninguno está excluido de su corazón, de su oración y de su sonrisa. Con mirada amorosa y corazón de padre, acoge, incluye, y, cuando debe corregir, siempre es para acercar; no desprecia a nadie, sino que está dispuesto a ensuciarse las manos por todos. El Buen Pastor no conoce los guantes. Ministro de la comunión, que celebra y vive, no pretende los saludos y felicitaciones de los otros, sino que es el primero en ofrecer mano, desechando cotilleos, juicios y venenos. Escucha con paciencia los problemas y acompaña los pasos de las personas, prodigando el perdón divino con generosa compasión. No regaña a quien abandona o equivoca el camino, sino que siempre está dispuesto para reinsertar y recomponer los litigios. Es un hombre que sabe incluir.

Alegrarse. Dios se pone «muy contento» (Lc 15,5): su alegría nace del perdón, de la vida que se restaura, del hijo que vuelve a respirar el aire de casa. La alegría de Jesús, el Buen Pastor, no es una alegría para *sí mismo*, sino *para los demás* y *con los demás*, la verdadera alegría del amor. Esta es también la alegría del

sacerdote. Él es transformado por la misericordia que, a su vez, ofrece de manera *gratuita*. En la oración descubre el consuelo de Dios y experimenta que nada es más fuerte que su amor. Por eso está sereno interiormente, y es feliz de ser un canal de misericordia, de acercar el hombre al corazón de Dios. Para él, la tristeza no es lo normal, sino sólo pasajera; la dureza le es ajena, porque es pastor según el corazón suave de Dios.

Queridos sacerdotes, en la celebración eucarística encontramos cada día nuestra identidad de pastores. Cada vez podemos hacer verdaderamente nuestras las palabras de Jesús: «*Esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros*». Este es el sentido de nuestra vida, son las palabras con las que, en cierto modo, podemos renovar cotidianamente las promesas de nuestra ordenación. Os agradezco vuestro «sí», y por tantos «sí» escondidos de todos los días, que sólo el Señor conoce. Os agradezco por vuestro «sí» para *dar la vida unidos a Jesús*: aquí está la fuente pura de nuestra alegría.

IGLESIA DIOCESANA



IGLESIA DIOCESANA

OBISPO

DECRETOS

DON LUIS QUINTEIRO FIUZA, POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA OBISPO DE TUI-VIGO

Por las presentes, en cumplimiento de lo que disponen los cc. 553-555 del Código de Derecho Canónico, nombro Arciprestes, por tiempo de cuatro años a partir de esta fecha, a los siguientes sacerdotes del Clero parroquial:

Don Ángel Soliño Fernández, del Arciprestazgo de A Guarda-Tebra

Don Juan Manuel Pérez Barreiro, del Arciprestazgo de A Louriña

Don José Diéguez Dieppa, del Arciprestazgo de Miñor

Don Javier Alonso Docampo, del Arciprestazgo de Montes-Mondariz

Don José Eugenio Domínguez Carballo, del Arciprestazgo de Redondela-Oitavén

Don Miguel Ángel Castro Quinteiro, del Arciprestazgo de San Martiño

Don Xosé Uxío Nerga Menduiña, del Arciprestazgo de Tea-Condado

Don Santiago Jesús Freire Comesaña, del Arciprestazgo de Tui-Entenza

Don Xosé Manuel Pereira Vidal, del Arciprestazgo de Vigo-Casablanca

Padre Miguel Ángel Pérez Valdivieso (OFM), del Arciprestazgo de Vigo-Centro

Don Fernando Lago Lago, del Arciprestazgo de Vigo-Lavadores

Padre Juan Antonio Terrón Blanco, del Arciprestazgo de Vigo-Fragoso

Don Ángel Manuel Bastos Vázquez, del Arciprestazgo de Vigo-Santo André

Don José Ramón Lera Alonso, del Arciprestazgo de Vigo-Teis

Desempeñarán las funciones administrativas y pastorales que determina el Derecho, en íntima coordinación con las directrices pastorales de esta Diócesis.

Espero de su celo y prudencia una eficaz gestión en orden a promover, impulsar y orientar la acción pastoral del equipo arciprestal en sus respectivos Arciprestazgos.

Dado en Vigo, a veintinueve de junio, Solemnidad de San Pedro y San Pablo, Apóstoles, del año dos mil dieciséis.

+ D. Luis Quinteiro Fiuza, Obispo

Por mandato,

Alfonso Fernández Galiana,

Canciller-Secretario

DECRETO DE FUSIÓN DE LOS ARCIPRESTAZGOS DE TEA Y SALVATERRA EN UN SOLO ARCIPRESTAZGO QUE PASARÁ A DENOMINARSE TEA-CONDADO

DON LUIS QUINTEIRO FIUZA,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA

OBISPO DE TUI-VIGO

La legislación postconciliar y en concreto el Directorio de los Obispos Ecclesiae Imago, de 22 de febrero de 1973, recomienda a los Obispos que tengan “en gran estima” los Arciprestazgos, ya que “pueden ayudar mucho a la Pastoral orgánica y son instrumentos indispensables para la aplicación en la Diócesis de los principios de subsidiariedad de una justa distribución de ministerios” (n. 184)

El Código de Derecho Canónico define el arciprestazgo como “la agrupación de parroquias cercanas, para facilitar la labor pastoral, mediante una actividad común” (c. 374. 2).

En orden a promover, coordinar y facilitar la evangelización en el territorio; teniendo en cuenta el reducido número de sacerdotes y la situación de los Arciprestazgos de Tea y Salvaterra, y mientras no se haga una más amplia reestructuración de los Arciprestazgos a nivel diocesano, después de las consultas pertinentes, en virtud de la potestad que me concede el canon 391 del mencionado Código de Derecho Canónico

DISPONGO

que a partir de la fecha del presente Decreto, se fusionen los ARCIPRESTAZGOS DE TEA y SALVATERRA en un solo Arciprestazgo, que pasará a llamarse ARCIPRESTAZGO DE TEA-CONDADO, al que se incorporarán las Parroquias de Alxén, Arantei, Cabreira, Nogueira y Porto. Queda, pues, el ARCIPRESTAZGO DE TEA-CONDADO integrado por las siguientes Parroquias y anejos

1. San Paio de Alxén
2. San Pedro de Angoares
3. San Pedro de Arantei

4. San Breixo de Arcos
5. Santa María de Areas
6. San Lourenzo de Arnoso

7. Santa Baia de Batalláns
8. Santa Cristina de Bugarín
9. San Miguel de Cabreira
10. San Fins de Celeiros
11. San Xoán de Cerdeira
12. San Miguel de Corzáns
13. San Salvador de Cristiñade
14. Santo Estevo de Cumiar
15. San Paio de Fiolledo
16. San Mamede de Fontenla
17. San Xoán de Fornelos
18. San Miguel de Guillade
19. San Xulián de Guláns
20. San Salvador de Leirado
21. San Simón de Lira
22. Santo Adrián de Meder
23. Santo André de Meiol
24. San Martiño de Moreira
25. San Cibrán de Mouriscados
26. Santa María das Neves
27. San Salvador de Nogueira
28. Santa María de Oleiros
29. San Lourenzo de Oliveira
30. San Mateo de Oliveira
31. Santiago de Oliveira
32. San Salvador de Padróns
33. Santa Mariña de Pesqueiras
34. San Miguel de Pontearreas
35. San Paulo de Porto
36. San Nicolao de Prado
37. San Xurxo de Ribadetea
38. San Cibrán de Ribarteme
39. San Xosé de Ribarteme
40. Santiago de Ribarteme
41. San Xoán de Rubiós

42. San Lourenzo de Salvaterra
43. Santa Uxía de Setados
44. Santa María de Taboexa
45. Santiago de Tortoreos
46. Santo André de Uma
47. Santa María de Vide
48. San Martiño de Vilasobroso
49. Santa Mariña de Xinzo

y anejos

1. San Pedro de Batalláns (de San Miguel de Guillade)
2. Santa María de Liñares (de Santiago de Tortoreos)
3. Santo André de Lourido (de San Xoán de Fornelos)
4. Santa Comba de Soutolobre (de San Mateo de Oliveira)
5. San Xoán de Vilacoba (de San Lourenzo de Oliveira)

Dado en Vigo, a 29 de junio, Solemnidad de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, del año dos mil dieciséis.

+ D. Luis Quinteiro Fiuza, Obispo

Por mandato,

Alfonso Fernández Galiana,
Canciller-Secretario

DECRETO DE INCORPORACIÓN DE PARROQUIAS AL ARCIPRESTAZGO DE ENTENZA AL DE TUI, EN ADELANTE, TUI-ENTENZA

DON LUIS QUINTEIRO FIUZA,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA

OBISPO DE TUI-VIGO

La legislación postconciliar y en concreto el Directorio de los Obispos *Ecclesiae Imago*, de 22 de febrero de 1973, recomienda a los Obispos que tengan “en gran estima” los Arciprestazgos, ya que “pueden ayudar mucho a la Pastoral orgánica y son instrumentos indispensables para la aplicación en la Diócesis de los principios de subsidiariedad de una justa distribución de ministerios” (n. 184)

El Código de Derecho Canónico define el Arciprestazgo como “la agrupación de parroquias cercanas, para facilitar la labor pastoral, mediante una actividad común” (c. 374. 2).

En orden a promover, coordinar y facilitar la evangelización en el territorio; teniendo en cuenta el reducido número de sacerdotes y la situación de los Arciprestazgos de Entenza y Tui, y mientras no se haga una más amplia reestructuración de los Arciprestazgos a nivel diocesano, después de las consultas pertinentes, en virtud de la potestad que me concede el canon 391 del mencionado Código de Derecho Canónico

DISPONGO

que a partir de la fecha del presente Decreto, se incorporará al ARCIPRESTAZGO DE TUI (en adelante, TUI-ENTENZA) las siguientes Parroquias: Baldráns, Caldelas de Tui, Entenza, Paramos y Soutelo. Queda, pues, el ARCIPRESTAZGO DE TUI-ENTENZA integrado por las siguientes Parroquias:

1. Santa Mariña de Areas
2. Santiago de Baldráns
3. San Martiño de Caldelas de Tui
4. Santos Xusto e Pastor de Entenza
5. Santa María da Guía de Randufe

6. San Mamede de Guillarei
7. Santiago de Malvas
8. San Xoán de Paramos
9. San Miguel de Pexegueiro
10. San Bartolomeu de Rebordáns
11. Santa Comba de Ribadelou
12. San Salvador de Sobrada
13. San Vicente de Soutelo
14. O Sagrario da Catedral de Tui

Dado en Vigo, a 29 de junio, Solemnidad de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, del año dos mil dieciséis.

+ D. Luis Quinteiro Fiuza, Obispo

Por mandato,

Alfonso Fernández Galiana,
Canciller-Secretario

DECRETO DE FUSIÓN DE LOS ARCIPRESTAZGOS DE
VIGO-POLÍGONO Y VIGO-TRAVIESAS EN UN SOLO
ARCIPRESTAZGO QUE PASARÁ A DENOMINARSE
VIGO-FRAGOSO

DON LUIS QUINTEIRO FIUZA,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA

OBISPO DE TUI-VIGO

La legislación postconciliar y en concreto el Directorio de los Obispos *Ecclesiae Imago*, de 22 de febrero de 1973, recomienda a los Obispos que tengan “en gran estima” los Arciprestazgos, ya que “pueden ayudar mucho a la Pastoral orgánica y son instrumentos indispensables para la aplicación en la Diócesis de los principios de subsidiariedad de una justa distribución de ministerios” (n. 184)

El Código de Derecho Canónico define el arciprestazgo como “la agrupación de parroquias cercanas, para facilitar la labor pastoral, mediante una actividad común” (c. 374. 2).

En orden a promover, coordinar y facilitar la evangelización en el territorio; teniendo en cuenta el reducido número de sacerdotes y la situación de los Arciprestazgos de Vigo-Polígono y Vigo-Travesas, y mientras no se haga una más amplia reestructuración de los Arciprestazgos a nivel diocesano, después de las consultas pertinentes, en virtud de la potestad que me concede el canon 391 del mencionado Código de Derecho Canónico

DISPONGO

que a partir de la fecha del presente Decreto, se fusionen los ARCIPRESTAZGOS DE VIGO-POLÍGONO y VIGO-TRAVESAS en un solo Arciprestazgo, que pasará a llamarse ARCIPRESTAZGO DE VIGO-FRAGOSO, y comprenderá las siguientes parroquias:

1. San Miguel de Bouzas
2. San Martiño de Coia
3. San Tomé de Freixeiro
4. Vigo, Nosa Señora do Carme

5. Vigo, Nosa Señora do Perpetuo Socorro
6. Vigo, Nosa Señora do Rocío
7. Vigo, Santa Marta
8. Vigo, O Santísimo Cristo da Victoria
9. Vigo, Santo Antonio da Florida

Dado en Vigo, a 29 de junio, Solemnidad de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, del año dos mil dieciséis.

+ D. Luis Quinteiro Fiuza, Obispo

Por mandato,

Alfonso Fernández Galiana,
Canciller-Secretario

DECRETO DE INCORPORACIÓN DE PARROQUIAS DEL ARCIPRESTAZGO DE ENTENZA AL ARCIPRESTAZGO DE A LOURIÑA

DON LUIS QUINTEIRO FIUZA,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA

OBISPO DE TUI-VIGO

La legislación postconciliar y en concreto el Directorio de los Obispos *Ecclesiae Imago*, de 22 de febrero de 1973, recomienda a los Obispos que tengan “en gran estima” los Arciprestazgos, ya que “pueden ayudar mucho a la Pastoral orgánica y son instrumentos indispensables para la aplicación en la Diócesis de los principios de subsidiariedad de una justa distribución de ministerios” (n. 184)

El Código de Derecho Canónico define el Arciprestazgo como “la agrupación de parroquias cercanas, para facilitar la labor pastoral, mediante una actividad común” (c. 374. 2).

Con el fin de lograr una mayor eficacia pastoral de algunas de las Parroquias comprendidas en los Arciprestazgos de Entenza y A Louríña; teniendo en cuenta, asimismo la escasez de sacerdotes; mientras no se haga una reestructuración general de los Arciprestazgos; después de las consultas pertinentes, en virtud de la potestad que me concede el canon 391 del mencionado Código de Derecho Canónico

DISPONGO

que a partir de la fecha del presente Decreto, que se incorporen al ARCI-PRESTAZGO DE A LOURIÑA, las Parroquias: San Salvador de Budiño, Santo Estevo de Budiño, Parderrubias, A Picoña, San Xurxo de Salceda, Santa María de Salceda. Queda, pues, el Arciprestazgo de A LOURIÑA integrado por las siguientes Parroquias y anejo:

50. San Baia de Atios
51. Santo Estevo de Budiño
52. San Salvador de Budiño
53. San Pedro de Cela

54. San Xoán de Chenlo
55. Santa Mariña de Dornelas
56. Santa María de Guizán
57. San Salvador de Louredo
58. Santa Baia de Mos

59. San Xurxo de Mosende
60. San Tomé de Parderrubias
61. San Miguel de Pereiras
62. San Mamede de Petelos
63. San Martiño da Picoña
64. Santiago de Pontellas
65. Santa María do Porriño
66. San Xurxo de Salceda
67. Santa María de Salceda
68. Santa María de Sanguñeda
69. San Martiño de Tameiga
70. San Rosendo de Torneiros
71. San Salvador de Torneiros
72. San Mamede de Torroso
73. San Mamede de Zamáns

y anejo

6. Santo Estevo de Cans (de Santa Baia de Atios)

Dado en Vigo, a 29 de junio, Solemnidad de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, del año dos mil dieciséis.

+ D. Luis Quinteiro Fiuza, Obispo

Por mandato,

Alfonso Fernández Galiana,
Canciller-Secretario

DECRETO DE INCORPORACIÓN DE LA PARROQUIA DE SANTA LUCÍA, DE VIGO AL ARCIPRESTAZGO DE VIGO-LAVADORES

DON LUIS QUINTEIRO FIUZA,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA

OBISPO DE TUI-VIGO

La legislación postconciliar y en concreto el Directorio de los Obispos *Ecclesiae Imago*, de 22 de febrero de 1973, recomienda a los Obispos que tengan “en gran estima” los Arciprestazgos, ya que “pueden ayudar mucho a la Pastoral orgánica y son instrumentos indispensables para la aplicación en la Diócesis de los principios de subsidiariedad de una justa distribución de ministerios” (n. 184)

El Código de Derecho Canónico define el Arciprestazgo como “la agrupación de parroquias cercanas, para facilitar la labor pastoral, mediante una actividad común” (c. 374. 2).

Con el fin de lograr una mayor eficacia pastoral de la Parroquia de Santa Lucía, de Vigo del Arciprestazgos de Vigo-Traviesas; mientras no se haga una reestructuración general de los Arciprestazgos; después de las consultas pertinentes, en virtud de la potestad que me concede el canon 391 del mencionado Código de Derecho Canónico.

DISPONGO

que a partir de la fecha del presente Decreto, la Parroquia de Santa Lucía, de Vigo pase a formar parte del ARCIPRESTAZGO DE VIGO-LAVADORES, que comprenderá las siguientes parroquias:

1. Santiago de Bembrive
2. Santa Mariña de Cabral
3. San Cristovo de Candeán
4. San Paio de Lavadores
5. Santa Cristina de Lavadores
6. San Pedro de Sárdoma
7. Vigo, Santa Clara de

8. Vigo, Santa Lucía de
9. Vigo, Santa Teresa de Xesús de

Dado en Vigo, a 29 de junio, Solemnidad de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, del año dos mil dieciséis.

+ D. Luis Quinteiro Fiuza, Obispo

Por mandato,

Alfonso Fernández Galiana,
Canciller-Secretario

CON MOTIVO DE LA PUBLICACIÓN DE UN NUEVO “MEMORANDA”

La publicación para esta Diócesis de un nuevo “*Memoranda*” me da la oportunidad de insistir en lo que escribí en la Carta pastoral “*Bienaventurados los misericordiosos*”. En la Introducción me refería a “*cuatro retos o desafíos... con capacidad de aportar grandes cosas para el futuro*”: “*la vivencia de la misericordia, la comunión y la alegría; la necesidad y la belleza de “caminar juntos”; el adecuado itinerario de los sacramentos de la iniciación cristiana; y el anuncio del Evangelio de la familia*”.

Con estas palabras he querido señalar las líneas pastorales de la vida diocesana en conformidad con lo que nos pide hoy la misión evangelizadora de la Iglesia, en cuyo origen está el mandato misionero (cf Mc 6, 15 s.), y las promesas de Cristo de ayudarnos con los auxilios de la gracia del Espíritu Santo.

Evangelización es el nombre de la misión primordial de la Iglesia, de su identidad y razón de ser; es la clave de bóveda, el centro de toda su acción, a la que son convocados todos los fieles - sacerdotes, religiosos/as y laicos- con el fin de hacer presente a Cristo en los escenarios sociales, culturales, económicos, políticos y religiosos.

La evangelización, en cuanto acción fundamental de la Iglesia, configura el rostro y las acciones de las comunidades cristianas: Impregna y transforma por la *caridad* todo el orden temporal; da *testimonio* de la nueva forma de ser y de vivir de los cristianos; proclama el Evangelio llamando a la *conversión*; inicia en la fe y la vida cristiana mediante la “*catequesis*” y los “*sacramentos de iniciación*”; alimenta el don de la *comunión* en los fieles; suscita continuamente la *misión*.(cf *Directorio General para la Catequesis*, 48)

En la Iglesia también es necesaria una planificación institucional y estructural. Instituciones eclesiales, programaciones pastorales y otras estructuras jurídicas están relacionadas con la evangelización, puesto que constituyen un cauce que ha permitido a la Iglesia hacerse presente en los diversos contextos sociales, mostrando la riqueza y la variedad de servicios y de ministerios que la componen y que animan su vida cotidiana.

Naturalmente en el centro de toda estructura, planificación y acción pastoral está siempre el encuentro con Cristo vivo, un encuentro que da a nuestra vida la orientación decisiva. En definitiva, debe ser y será la fe misma la que marque, en toda su grandeza, claridad y belleza, el ritmo de una actividad pastoral. Como dice Benedicto XVI, “lo esencial de nuestro ministerio es la unión personal con Cristo. Él nos enseña que la vida plena no está en el éxito (cf Mt 16, 25), sino en el amor y la entrega a los demás” (*Discurso al cuarto grupo de obispos mejicanos, en Visita ad limina, 29-9-2005*).

De estas palabras se desprende el sentido de nuestro trabajo. No trabajamos para defender un poder, ni por el prestigio, ni para hacer crecer una empresa o algo semejante. Trabajamos para que los caminos del mundo se abran a Cristo, para que su Evangelio y la alegría de la redención puedan llegar a todos.

También los pequeños trabajos de cada día –la planificación pastoral de la parroquia, la visita de enfermos, la administración de los bienes, la atención al despacho parroquial...-, aparentemente poco gloriosos, nos convierten en colaboradores de Cristo, en su actuar en el mundo.

Este es el espíritu que debe animar nuestra labor evangelizadora y el que nos debe disponer a recibir con gratitud estas páginas, a tenerlas presente en nuestra memoria (memoranda), y a poner en práctica lo que en ellas se regula y aconseja.

Con mi bendición y todo mi afecto,



Luis Quintero Fiuza
+ Obispo de Tui-Vigo

CANCILLERÍA - SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

El Señor Obispo ha firmado los siguientes nombramientos:

5 de mayo de 2016

M.I. Sr. D. Santiago Jesús Freire Comesaña, *Párroco de O Sagrario da Catedral de Tui*, por seis años.

15 de junio de 2016

Don Eugenio Gonzalo Dávil Dávila, *Director de Cáritas Diocesana de Tui-Vigo*, por un período de cuatro años.

Don José Antonio García Coba, *Secretario General de Cáritas Diocesana de Tui-Vigo*.

Don Manuel Expósito González, *Administrador de Cáritas Diocesana de Tui-Vigo*.

1 de julio de 2016

Doña Marisa Vidal Cebreiro, *Presidenta de la Comisión Diocesana de Vida-Ascendente*.

SAGRADAS ÓRDENES Y MINISTERIOS ECLESIAÍSTICOS

El día 22 de mayo en la Iglesia Catedral de Tui, a las 18 horas, tendrá lugar la ordenación como diáconos permanentes de

Don José María Fernández Carrera y

Don Andrés Fontela Vázquez

Ministerio de Lector,

Don Luis Enrique Álvarez Figueira

EN LA PAZ DE CRISTO

• Don Francisco Alvite Lago (1932-2016)

Don Francisco Alvite Lago, Párroco que fue durante muchos años de San Pedro de Cesantes, actualmente Jubilado, descansó en el Señor el sábado 4 de junio de 2016.

Había nacido de los esposos don José y doña Manuela, el 26 de julio de 1932, en Santa Baia de Chacín (Municipio de Mazaricos, Archidiócesis de Santiago de Compostela).

Concluida su formación sacerdotal en el Seminario Conciliar de Tui, recibió el Presbiterado en la Iglesia conventual de las HH. Clarisas, de Tui, el 17 de junio de 1956.

Su primer ministerio fue la Capellanía de las Colonias Infantiles –Obra de las Damas Apostólicas, que reunía niños y niñas de toda España-, en el verano de ese año, en Sabarís, A Ramallosa.

El 21.Sep.1956, Coadjutor de Santa María de O Viso y Ecónomo de San Martiño de Ventosela. En 4.Jul.1959, Ecónomo de Nosa Señora de Lurdes de Mondariz-Balneario, y Encargado de San Mamede de Vilar, hasta 31.Oct.1966, en que fue nombrado Regente de San Salvador de Maceira y Encargado de San Xoán de Piñeiro. Cuatro años más tarde (31.Oct.1970), Ecónomo (Párroco desde 15.Nov.1988) de San Pedro de Cesantes, hasta su jubilación.

Arcipreste de Redondela, en varios períodos. Destaca su dedicación a la docencia: Nombrado Profesor de Religión del Instituto de Formación Profesional de Redondela (30.Oct.1983), desde 1986 asumió también tareas directivas en el Instituto (Subdirector, Vicedirector, Jefe de Seminarios y de Departamento, etc.), hasta 30.Sep.1997. También, Párroco Consultor (1990) y Miembro del Consejo Diocesano de Economía (1977)

Finalmente, Adscrito a Nosa Señora de Fátima, de Vigo (7.Jul.2003), pasando luego, en la misma condición, a Santa Teresa de Xesús, de Vigo (29.Dic.2005).

Don Francisco falleció en su domicilio de Cesantes, y fue sepultado en el cementerio parroquial.

Francisco, con Cristo vivas para siempre.

• Hna. María del Rosario Álvarez Domínguez, Clarisa (1940-2016)

Las Hermanas Clarisas de Tui (conocidas popularmente como *las Encerradas*) sufrieron el pasado 16 de mayo, solemnidad de la Ascensión del Señor, una dolorosa pérdida, con la muerte de *sor María del Rosario*. Tenía setenta y cinco años de edad y cincuenta y ocho de vida religiosa, de los que veinte los vivió en el monasterio de Tui.

María del Rosario Álvarez Domínguez nació en Ramirás (Celanova, Ourense) el 26 de julio de 1940; sus padres fueron Don Serafín y Doña María del Carmen.

Tenía muy buenas cualidades por lo que fue muy útil a la Comunidad. Ejerció de organista, enfermera y otros servicios, que prestó siempre con espíritu fraterno. Hay que añadir que era una mujer muy competente y culta; escribió varios libros poéticos unos, y otros biográficos.

Merece particular mención la biografía que escribió de la Madre Jaso, con el título “Un tesoro escondido. María Dolores Jaso Ramírez (M. Ángela, Clarisa), Tui, 1923-2011”.

Quienes trataron a sor Rosario, la echan de menos. Deja entre nosotros muy gratos recuerdos y muchos ejemplos de vida religiosa.

Con nuestra profunda gratitud, pedimos que descanse en paz, y que continúe sirviéndonos con su intercesión ante Dios nuestro Padre y ante la bienaventurada Virgen María, reina y madre de misericordia.

• Hna. Margarita Isabel Rincón Baquero, Salesa (1937-2016)

El día 5 del pasado mes de junio, falleció santamente, a los setenta y nueve años de edad, y cincuenta y nueve de profesión religiosa, la superiora de la comunidad de Hermanas de la Visitación de Santa María, de Vigo, *Margarita Isabel Rincón Baquero*.

La Hermana cuyo nombre de pila era Rosa Matilde, había nacido en Fómeque (Cundinamarca, Colombia) el 7 de junio de 1937, hija de Don José María y Doña Rosa Elina.

El 18 de diciembre de 1958 ingresó en el monasterio de Salesas, de Bogotá (Colombia). Tomó el santo hábito el 21 de junio de 1959, a los 22 años de edad. La profesión, tuvo lugar el 15 de agosto de 1960.

Por sus destacadas cualidades y virtudes –su espíritu de servicio, sobre todo-, fue trasladada sucesivamente a los monasterios de Bosa (Quito, Ecuador), Bucaramanga y Medellín (Colombia). El 18 de octubre de 2004, ingresó en el monasterio de Lugo (España), del que fue Superiora, un trienio, trasladándose posteriormente al de Burgos, y de éste, al de Vigo, en el que ingresó el 26 de mayo de 2011, siendo elegida Superiora el 13 de junio de ese año. Reelegida el 16 de julio de 2014.

Nuestra abnegada e inolvidable Hermana y Madre nos edificó con su vida ejemplar, su celo por la gloria de Dios, procurando siempre lo mejor y más bello para el culto divino; su constante afán por la perfección y adelanto de cada una de sus hijas...; la caridad para con todos los necesitados que acudían a esta casa. Todo ello, impulsado por un ardiente amor al Corazón de Jesús. ¿Qué decir de su espíritu de organización y perfección en todo lo que hacía?

Tras una difícil operación, en el pasado mes de enero, fue debilitándose gradualmente, hasta el 3 de junio (fiesta del Sagrado Corazón), en que se agravó con grandes dolores, y hubo de operarse con urgencia. Devuelta a las pocas horas al quirófano, allí vino a recogerla el Esposo amado, por tanto tiempo esperado.

Descansad en la paz del Señor

CRÓNICA DIOCESANA

AGENDA

Mayo

- | | |
|------------|--|
| Día 1 | Pascua del Enfermo |
| Día 2 | Ágora |
| Día 8 | Jornada de los Medios de Comunicación Social. |
| Día 9 | Festival Juvenil Regional de la Canción Misionera.
Clausura de “Ágora” |
| Día 10 -17 | Semana de Apostolado Seglar “Testigos de la Esperanza”. |
| Día 13 | Jubileo Sacerdotal en Tui. |
| Día 14 | Vigilia Diocesana de Pentecostés.
Peregrinación Juvenil Mariana. |
| Día 15 | Jornada de apostolado Seglar |
| Día 15-17 | Ejercicios Espirituales conjuntos organizados por la Delegación de apostolado Seglar y el Consejo diocesano de Laicos en Dorrón Sanxenxo. |
| Día 16-22 | Visita a la diócesis del “Icono de la Virgen Inmaculada Joven”. |
| Día 19 | Clausura del Curso de la Pastoral Universitario en la parroquia de Santiago de Vigo a las 20:30.
Celebración Convivencia del claro en San Pedro de la Ramallosa |
| Día 20 | Curso de Formación litúrgica. |
| Día 22 | Día “Pro Orantibus”
Ordenación de Diáconos permanentes y ministerio del letrado en vistas al diaconado permanente. S. I. Catedral a las 18 horas. |
| Día 25 | Conferencia de Cáritas en la parroquia del Corazón Inmaculado de María (Vigo). |
| Día 26 | Día de la Caridad |
| Día 27 | Curso de Formación litúrgica. |

	Oración de Taizé en el Colegio de Cluny
Día 28	Asamblea de Catequistas en el Seminario Mayor de Vigo
Día 30	Encuentro de voluntarios de Cáritas en Santiago de Compostela. Segunda Asamblea General del Secretariado Bíblico

Junio

Día 2	Encuentro presentación de la Exhortación Apostólica “Amores Laetitia” a las 20:30 en los locales parroquiales de Santiago de Vigo.
Día 3	Jornada de oración por los sacerdotes. Celebración convivencia para el clero en San Cristóbal de Mourentán (Arbo)
Día 4	Encuentro de voluntarios de Cáritas en O Ferrol. Convivencia de CONFER. Convivencia de profesores de religión.
Día 8	Fin de curso de la Pastoral de las Salud.
Día 10	Oración de Taizé en el Colegio de Cluny
Día 12	Jubileo diocesano de la salud en Tui.
Día 17-21	Peregrinación a Lourdes (Francia) organizada por la Hermandad Diocesana Nuestra Sra de Lourdes.
Día 24-26	Asamblea General de Cáritas Española en San Lorenzo del Escorial.